



José ANDRÉS-GALLEGO, *Historia general de la gente poco importante (América y Europa hacia 1789)*, Gredos («Monografías Históricas» 3), Madrid 1991, 459 pp.

El prof. Andrés-Gallego es sobradamente conocido por sus preocupaciones renovadoras en el ámbito de la historia contemporánea europea y americana. Por si no fueran bastante prueba sus anteriores —y variadas— publicaciones, todas con una notable carga de innovación historiográfica, esta *Historia general de la gente poco importante* saca a primer plano su esfuerzo por encontrar caminos que permitan a la historia ser entendida por nuestra época y al historiador entender las pasadas. Al acercarnos a este libro me parece conveniente distinguir dos aspectos. Uno, el libro en sí, con su específico contenido historiográfico. Otro, la justificación que el A. hace de este libro y, en cierto modo, de su propia trayectoria intelectual.

Vayamos a la primera parte. Pretende «trazar la historia antropológica de las gentes culturalmente 'occidentales' al final del Antiguo Régimen, tal como eran cuando iba a comenzar la revolución liquidadora de finales del siglo XVIII» (pp. 364-365). En ella se incorporan, por primera vez quizá en nuestro país, al menos de modo tan sistemático y con una apoyatura documental tan amplia —nada menos que ochenta y tres apretadas páginas de bibliografía comentada—, los nuevos contenidos que la historia occidental ha ido incorporando en las últimas décadas. Basta el índice para darnos cuenta de que el libro presenta, como el A. indica expresamente, lo que no está en las historias al uso: la vida, las relaciones de vecindad, los espacios vitales —cultivos, vivienda, viajes— el comercio y la industria, la condición del hombre —propiedad, libertad, servidumbre, burguesía...—, la ex-

tensión de los saberes —analfabetos, lectores, estudiosos y sabios—, la tolerancia —relaciones entre credos, masonería, descristianización en el Antiguo Régimen—, la condición de súbdito, la articulación, también política, de la sociedad —y su desajuste por la Revolución—, los sentimientos, pensamientos y relaciones internacionales y, finalmente, la lucha contra la muerte y —a pesar de las mejoras sanitarias— el implacable carácter de la condición temporal de todos los hombres, representado en el reloj. Estos son algunos enunciados de los contenidos que nos muestran cómo nacían, amaban, creían, trabajaban y se odiaban los hombres —occidentales, en América y Europa— del tiempo de la Revolución francesa.

Sólo esto bastaría para considerar que el libro está llamado a tener gran influencia en la escritura de la historia en España —y América— y a situar a su A. entre los mejores historiadores —en el sentido amplio del término— con que contamos. Máxime si tenemos en cuenta que los temas que ahora aparecen publicados como libro formaban ya parte de las inquietudes del prof. Andrés-Gallego en 1976, cuando la historia académica al uso ni siquiera se planteaba una reorganización de los contenidos tradicionales. Si acaso sólo un mayor interés por las cuestiones obreras o sociales, pero con un planteamiento metodológico totalmente tradicional. Como en algún momento menciona el propio A., se pretendía cambiar sencillamente los héroes burgueses por héroes proletarios. La «gente poco importante» seguía sin aparecer en el mundo interpretativo de los historiadores de entonces.

Y entramos así en lo que bien podríamos considerar la parte programática del libro y sus destinatarios, a quienes va dirigida en forma de «segundo epílogo: para historiadores» (pp. 349-368). Este epílogo es

también historia, ya que el A. narra la trayectoria de sus preocupaciones historiográficas en las últimas décadas. Una —y urgente— fue la de encontrar lugar en la narración histórica para los nuevos datos sobre el pasado que empezaron a abundar —en campos hasta entonces inexplorados— desde los años sesenta. De esa primera —elemental— preocupación, pasó muy pronto a un planteamiento más de fondo: la necesidad de reelaborar con un definido fundamento filosófico la narración histórica. No se trataba ya de incluir nuevas informaciones, sino de re-construir la propia historia. Veamos las etapas intermedias, utilizando palabras del propio A.

Primer paso: desechar la «tetraarquía latina» tan utilizada por los historiadores de los últimas décadas. El A. llama así a la costumbre de los historiadores de agrupar las actividades de los hombres en cuatro grandes campos: cultura, sociedad, economía y política, variando el orden en que las analizan dependiendo de la adscripción ideológica de cada autor. Inicialmente era un intento bienintencionado de hacer una nueva historia, pero terminó en «un debate infantil. Algunos historiadores, ciertamente, se confesaron marxistas, conservadores, cristianos, etcétera, incluso liberales; pero al intentar que su adscripción encarnase en el método que empleaban dieron en manejar lo planteamientos filosóficos como palos de escoba y cajones de rebotica, y todos los matices con que Marx o Mounier diseñaban el papel de las decisiones de los hombres en el decurso de la historia, para bien o para mal, quedaron muchas veces en la simplona opción de poner la economía al principio —quiere decir materialmente en las primeras páginas— o al final —en las últimas— de sus escritos [...]» (pp. 354-355).

De lo que se trataba era no tanto de distribuir de distinto modo compartimentos estancos, como de reordenar de nuevo el re-

lato histórico, pero sin compartimentarlo. Y sin esterilizarlo, ya que el modelo económico-social-político ha hecho innecesarias a muchas investigaciones, que demuestran pura y simplemente lo que el dogmatismo del método establece.

Llegamos así al segundo paso: el recurso a la sociología. «Si busqué la respuesta en la sociología, [...] fue] porque, ofreciéndome, como lo hacían otras [ciencias], soluciones abiertas, respondía con exactitud a la idea de que la historia es una ciencia social, en el sentido de que la sociedad, o una sociedad, es lo que constituye su objeto. Pensaba entonces mucho de lo que en 1982, en su *Historical sociology*, argüiría con fuerza Philip Abrams: que historia y sociología han de reconocerse al cabo como una misma cosa» (p. 358). Ciertamente, la sociología puede suponer una buena ayuda al historiador. Por ejemplo, plantear el relato histórico desde las estructuras básica, cultural, operativa, distributiva y defensiva en que se articula toda sociedad puede ayudar a mostrar el pasado de modo más comprensible. Pero con el riesgo de trocear la realidad cayendo de nuevo «en una mera reordenación más en la cual los elementos permanecerán en compartimentos, si no separados, por lo menos indivisibles e inconfundibles. Diré más: creo que en eso han caído los intentos que conozco hechos en Europa y América para elaborar síntesis de la historia que den cabida a aquellos nuevos campos de la investigación» (pp. 359-360). Sin embargo, no es este el riesgo mayor a la hora de buscar nuevos caminos para comprender y comprendernos en el pasado. El gran riesgo está en aceptar sin más que la historia es una ciencia social porque su objeto son siempre conjuntos de hombres, cuando la realidad es que «es social en virtud de la sociabilidad del hombre» (p. 361). El nuevo paso —más allá del sociologismo— era partir del hombre —de uno mismo, de la reflexión del propio histo-

riador sobre su historia personal— para construir la comprensión y narración del pasado.

Tercer paso: hacia una historia antropológica. Esto, según el A. no es un nuevo y simple modo de ordenar los nuevos datos sobre el pasado del hombre, organizando el relato de modo elementalmente biológico —de la cuna a la tumba— sino conseguir poner al hombre en el centro de la sociedad y de la narración histórica. «El enfoque individualista que propongo ha de entenderse como categoría del conocimiento, como punto lógico de referencia en virtud del cual el historiador ha de contar los hechos, cualquier hecho, sea económico o social, cultural o político, de manera que al buscar sus raíces, trazar su gestación, escribir su suceso y deducir sus consecuencias no emplee sólo las categorías humanas colectivas —burguesía, proletariado, nobleza, Francia, Alemania, ciudad lugar, aldea— cuando haya de hablar de los hombres como sujetos, activos o pacientes, sino de estos como individuos, incluso cuando se comporten como burgueses, proletarios o nobles, franceses o alemanes, ciudadanos, lugareños o aldeanos. Se trata, insisto, de una categoría, no de un orden temático, ni tampoco de un mero cambio léxico, por más que este pueda ayudar; hay que conseguir que lo individual se constituya en el principal punto de referencia y contraste gnoseológico, entendiendo por tal el que explícita o implícitamente, tiene todo historiador cuando valora y emplea los datos con que reconstruye la historia» (p. 362).

El pensamiento del historiador, es por tanto, la clave de su historia. Y además, la narración de esa historia ha de ordenarse diversamente según la pregunta a que se intenta responder. Esto segundo podría considerarse una opción más técnica, sin ser neutra. Con el ejemplo del propio A. es distinto preguntarse cómo eran los europeos de

finis del XVIII —precisamente lo que hace en este libro— o por qué cayó el Antiguo Régimen. Lo primero, en cambio —el pensamiento del historiador, su idea de persona— tiene mucho que ver con las opciones más trascendentes del propio historiador: una historia antropológica es más segura si se apoya en una antropología filosófica. Y ésta sostendrá una antropología cultural más certera cuanto más se acerque a la verdad, «siendo así que la verdad existe por sí» (p. 363).

Llegamos así al término a que nos conducen —al que condujeron al A.— los pasos anteriores: «Un historiador será, pues, tanto más coherente cuanto más se aproximen su concepción existencial y su narración histórica. Lo cual implica algo gravísimo sobre lo que me gustaría extenderme, y es que historiar —ejercer de historiador— tiene una dimensión ética, de opción y opciones lisa y llanamente morales» (p. 363).

Quizá —seguro— habría que matizar mucho más el pensamiento del prof. Andrés-Gallego, plantear las dificultades que puede presentar su método o ver en detalle algunas de sus consecuencias sociológicas o históricas —como el carácter esencialmente conservador de las sociedades o la autonomía de la política—; pero con lo recogido creo que el lector se hace una idea del enorme interés del libro. Este libro está llamado sin duda a marcar una cesura en nuestro modo de hacer historia. Espero que su difusión —su traducción también— sea el catalizador adecuado para un debate fructífero entre los historiadores europeos. Sin excluir a quienes trabajamos la historia de la Iglesia. Creo que hay mucho que aprender y mucho que reflexionar en este libro no tanto sobre qué es la historia de la Iglesia sino sobre cómo hacerla.

A. M. Pazos



**Arnoldt ANGENENDT**, *Das Frühmittelalter. Die Abendländische Christenheit von 400 bis 900*, Verlag W. Kohlhammer, Stuttgart-Berlin-Köln 1990, 499 pp.

Este manual de Historia de la Iglesia, escrito para estudiantes, es fruto de varios años de docencia del Prof. A. Angenendt, de la Universidad de Münster. Consta de una Introducción y de dos partes: 1ª) De la Antigüedad a la Edad Media; 2ª) La Cristiandad occidental y el Imperio Carolingio.

En la extensa Introducción se plantean la periodización de la Edad Media, el origen de la «Medievalística», así como cuestiones historiográficas derivadas de la diversidad de confesiones, evangélica y católica, en orden a interpretar ese período histórico; igualmente son consideradas las perspectivas nacionalistas como la de la religiosidad popular germánica o la así llamada «germanización del cristianismo». Por último, se abordan temas menos clásicos, planteados recientemente en la moderna investigación histórica, como son la historia social y la de las mentalidades de los distintos pueblos.

La primera parte —De la Antigüedad a la Edad Media— se subdivide, a su vez, en tres apartados: 1º) La antigüedad tardía; 2º) La «Völkerwanderung» o invasión de los pueblos germánicos; 3º) Los reinos germánicos en el Occidente del Continente europeo, en Irlanda y en Inglaterra. La segunda parte —La Cristiandad occidental y el Imperio Carolingio— se subdivide en cuatro apartados: 1º) El nacimiento de un nuevo mundo mediante la división del mar Mediterráneo tras la aparición del Islam; 2º) Los carolingios: de mayordomos de palacio a reyes de Francia; 3º) Carlomagno; 4º) Desde Ludovico Pío hasta el final del Imperio Carolingio.

En estos distintos apartados no sólo se exponen los problemas de política religiosa que los diversos Emperadores, Reyes, Papas

y Obispos se iban planteando en el proceso de cristianización de la sociedad y de las instituciones, sino también cuestiones de historia de la teología —en especial, la importancia del pensamiento agustiniano— y, sobre todo, problemas prácticos que surgían con motivo de la evangelización de los nuevos pueblos de Europa: predicación ante gentes que aún no conocían la lengua latina; pérdida progresiva del conocimiento del latín en territorios latinizados y surgimiento de las lenguas nacionales; praxis matrimonial; fundaciones caritativas para paliar la pobreza social; difusión de la devoción a los santos; religiosidad familiar; aspectos jurídicos contra la crueldad y venganza «barbáricas»; liturgia y vida de oración. Se resalta el papel del monacato como factor evangelizador y, a la vez, transmisor de la cultura clásica grecorromana. Angenendt pretende destacar sobre todo qué significó para el cristianismo la caída de la cultura ciudadana, propia de la antigüedad clásica. Europa asumió progresivamente estructuras agrarias y, en lugar de una ordenación estatal pública, se estableció un estado de unión entre personas privadas, preludio del feudalismo medieval. También en este período se produjo una decadencia y reducción de la cultura literaria y aumentó la analfabetización. En la antigüedad tardía y en los primeros siglos de la Edad Media, la cristiandad occidental recibió así una gran cantidad de formas religiosas que Angenendt califica como «sencillas» o incluso «arcaicas». Como reacción frente a esta fuerte tendencia, se levantaron los distintos «Renacimientos» de la Edad Media. La renovación cultural de Carlomagno fue en este aspecto el primer intento correctivo.

Este libro resulta ilustrativo para comprender las cinco centurias de historia eclesiástica que abarca: desde el año 400 hasta el 900. A la buena sistematización, ordenación cronológica y claridad didáctica hay



que añadir ochenta y nueve mapas e ilustraciones, referentes a obras de arte, tipos de enterramiento, esquemas de edificios (iglesias y monasterios), tablas dinásticas y estadístico-económicas, modos de escritura bajomedieval ... Este manual tiene el acierto, por tanto, de compaginar, armonizándolos, dos aspectos que estructuran los estudios históricos: las ideas que configuran el espíritu de una época, en este caso, las ideas religiosas en la transición de la Antigüedad a la Edad Media, y las realizaciones concretas —es decir, jurídicas, artísticas, económicas— en que la sociedad bajomedieval plasmó aquellas ideas.

Sólo nos permitimos realizar algunas sugerencias en lo referente a la historia de Hispania en ese período, por ser la parte geográfica de Europa a la que Angenendt presta menos atención. No es valorado suficientemente el fenómeno del priscilianismo, mientras que sí es considerada la importancia de otros autores anteriores al año 400 como Tertuliano y Cipriano. Del mismo modo resulta infravalorado el así llamado Concilio de Ilíberis, cuyas repercusiones, como es sabido, se dejaron sentir en el Occidente cristiano. El reino de los suevos es mencionado muy escuetamente, y no son consideradas dos de sus figuras más destacadas: el obispo evangelizador San Martín de Braga y el rey Rekhiario, que, con anterioridad al rey franco Clodoveo, se convirtió al catolicismo.

En cambio, el reino hispano-visigótico es estudiado con más detalle, hasta el punto de que, para caracterizar la conciencia político-social de la Hispania del siglo VII, Angenendt acuña el término «Hispanozentrik», esto es, hispanocentrismo, por cuanto el reino visigótico era ciertamente el de mayor esplendor en aquel momento. Sin embargo, Angenendt sigue considerando que el Renacimiento carolingio fue el primero que se propuso combatir formas religiosas y cul-

turales de bajo nivel; de este modo no comparte la sugerente tesis de Jacques Fontaine, según el cual, antes de Carlomagno, ya se dio en la Hispania de San Isidoro de Sevilla el «Renacimiento isidoriano».

La Bibliografía con la que el libro concluye es exhaustiva y está muy bien clasificada por materias. Sin embargo, falta literatura científica de lengua española. Así, por ejemplo, no es mencionado el célebre historiador J. M. Blázquez Martínez; igualmente, de la extensa producción literaria de un especialista de la España visigoda, como es José Orlandis, sólo se incluye una obra suya escrita en lengua alemana. Pero lo tristemente gracioso de esta referencia bibliográfica es que el Prof. Orlandis es citado equivocadamente como Lorlandis (pág. 480). Incluso en las pequeñas erratas de la literatura científica de Centroeuropa se deja claro a los españoles que, a finales del siglo XX, de «hispanocentrismo» nada.

A. Viciano

**Joan BONET I BALTÀ-Casimir MARTÍ I MARTÍ**, *L'integritisme a Catalunya. Les grans polèmiques: 1881-1888*, IIIer Premi Internacional Jaume Vicens Vives de Ciències Socials, Editorial Vicens-Vives, Fundació Caixa Barcelona, Barcelona 1990, 645 pp.

El Premio Internacional Jaume Vicens Vives de Ciències Socials ha recaído en su tercera edición en una obra de historia religiosa. Es todo un síntoma de la madurez de la historiografía catalana, en línea con las tendencias de la producción europea de los últimas décadas, de primar los estudios de historia religiosa. Cataluña, de todos modos, ha contado con antecedentes impagables en este sentido. No en vano la gran penetración de Vicens Vives para las nuevas líneas de investigación histórica había destacado ya

la importancia de lo religioso, plenamente insertado en lo social, para entender la realidad histórica. En concreto, refiriéndonos al tema del libro que comentamos, ya en 1958, se había planteado la influencia del integrista en la «reconquista» católica de fines del XIX en Cataluña, orientada en gran parte a la burguesía y apoyada en los centros de enseñanza de las renovadas ordenes religiosas. Años antes que Vicens, Bonet i Baltà, destacaba la importancia del movimiento integrista en la formación —y división— del catolicismo finisecular. Lo planteaba, y vale la pena anotar, en 1948. Incluso desde años antes, se nos dice en el prólogo de *L'integrisme...*, el Prof. Bonet recogía documentación sobre el tema, dejando claro, con conocimiento de causa, no solo la dificultad de un estudio sereno sobre tal asunto, dada la incandescencia de las pasiones que en él habían intervenido, sino también la envergadura que tal estudio habría de tener, por la importancia intrínseca de la cuestión y por la riqueza de las fuentes a las que era posible acceder (p. 6). Ese estudio —profundo y sereno— es el que tenemos a la vista.

Básicamente el trabajo se centra en los años de gestación y discusión del famosísimo librito —traducido a muchos idiomas— del sacerdote catalán integrista Sardà i Salvany titulado *El liberalismo es pecado* (1884). Y se analizan a fondo los antecedentes, las motivaciones del autor, las dificultades que encontró para difundirlo, el gran impacto que tuvo, los ataques, las intervenciones de Roma, etc.

Con esta descripción pudiera parecer que estamos ante un estudio lineal de la trayectoria de un libro. La realidad es bien distinta, ya que Bonet y Martí entran a fondo en la vida de la Iglesia catalana, aunque limitándose al análisis de las ideologías —el integrismo— y de los grupos de poder enfrentados dentro de la estructura eclesiástica.

No se estudia, por tanto, la vida religiosa, tal y como podríamos pensarlo desde un planteamiento sociológico, pero sí se ve muy bien el interior ideológico-político de los eclesiásticos de fines del XIX. Es, pues, mucho más que un estudio de *El liberalismo es pecado*. Poco a poco va surgiendo ante el lector el modo de pensar de los católicos —de una minoría, ciertamente, pero que resulta definitiva— ante la cuestión fundamental del momento: la Iglesia ante la libertad. Y no sólo ante las libertades políticas —es decir, cómo convivir con el estado liberal—, sino también ante el modo de vivir la libertad dentro de la propia Iglesia.

Ya se ve que estamos ante actitudes —libertad, tolerancia, conciliación o sus contrarias— que resultarán dramáticamente decisivas en la vida de la Iglesia y de la sociedad española.

A ello hay que añadir, como muy bien destacan los AA. (p. 1), que los años ochenta, en los que se centra *L'integrisme...*, son de gran densidad en Cataluña: coronación de la Virgen de Montserrat en 1881, oposición de la jerarquía eclesiástica al protagonismo carlista en la peregrinación católica a Roma de 1882, consagración del obispo Morgades, encíclica *Cum multa* de León XIII en 1882 para mediar en las divisiones de los católicos españoles, enfrentamientos, a pesar de todo, entre católicos integrista y conciliadores, los inicios del catalanismo católico de la mano de la reflexión teórica de Torras i Bages, ruptura entre carlistas e integristas en 1888, etc.

Pero además los AA. no se limitan a esos años ni sólo a Sardà i Salvany. Ofrecen antecedentes y consecuencias. Entre los antecedentes algunos tan interesantes como un esbozo de la corriente de catolicismo liberal catalana, que arranca de Balmes, está presente en los años cincuenta y sesenta, participa en el congreso de los católicos liberales de Malinas, en 1864, y difunde en Cataluña

el folleto de Mons. Dupanloup aclarando el sentido del *Syllabus*. Entre las consecuencias, vale la pena subrayar el estudio dedicado al catalanismo católico, como alternativa al integrismo.

Si hubiese que destacar algo, a nivel general, ya que el contenido del libro es imposible de sintetizar, valdría la pena llamar la atención sobre la rica documentación manejada y citada abundantemente. Gran parte se encuentra en el Seminari d'Història Eclesiàstica de la Biblioteca Episcopal de Barcelona. Es un conjunto de documentos sobre la historia contemporánea religiosa de Cataluña realmente envidiable. Más aún porque no hay otro territorio en España que pueda ofrecer algo similar. Una vez más, la madurez cultural de un pueblo, aparece reflejada en el cuidado que presta a su memoria colectiva. Además, los documentos empleados no se limitan a Cataluña: en esos años hay catalanes en puestos fundamentales de la curia romana, que aparecen fugazmente en el libro que comentamos pero que resultan de gran utilidad para conocer el ambiente romano. Por citar uno, el P. Calasanz de Llevaneras, años más tarde Cardenal Vives i Tutó, hombre activísimo, con notable influencia en la curia romana en el cambio de siglo y partidario declarado de Sardà i Salvany.

Dentro de la presentación cuidada del libro, científica y material, únicamente lamentaría la posición de la notas a final de capítulo, alguna confusión en la numeración de las mismas (nn. 125 y ss. del cap. X) y la ausencia de autores fundamentales en el estudio de la política religiosa finisecular como José Andrés-Gallego.

No podemos menos que felicitarnos de la colaboración tan fecunda de los investigadores Bonet y Martí y confiamos en que puedan ofrecernos en un futuro, cuanto más cercano mejor, el resto de la trilogía que prometen en este volumen: los antecedentes

y las consecuencias del proceso que tan agudamente describen en este trabajo tan bien construido sobre el integrismo en Cataluña.

A. M. Pazos

**Franz BRUNHÖLZL**, *Histoire de la littérature latine du Moyen Âge*, Tome I: *De Cassiodore à la fin de la renaissance carolingienne*, vol. 1: *L'époque mérovingienne. La littérature de l'époque de transition du milieu du VI<sup>e</sup> siècle à la fin du VIII<sup>e</sup> siècle*, Université Catholique de Louvain, Institut d'Études Médiévales (Louvain-la Neuve), Brepols, Turnhout 1990, 326 pp.

Tome I/vol. 2: *L'époque carolingienne. La fondation de l'Europe à l'époque carolingienne*, Brepols, Turnhout 1991, 364 pp.

Estos dos volúmenes que ahora reseñamos son los primeros de una serie que constituirá una exposición completa de la literatura latina de la Edad Media, desde el siglo VI hasta el XV. Son la versión francesa de la obra de Franz Brunhölzl. La traducción ha sido realizada por Henri Rochais y los complementos bibliográficos a la edición francesa han sido preparados por Jean-Paul Bouhot. En relación con la primera edición alemana de 1975, se han corregido algunos errores y se han añadido pequeños complementos, pero el texto original permanece esencialmente idéntico. Las modificaciones más importantes conciernen a la Bibliografía, que ha sido puesta al día por el propio autor.

El estilo de la obra no es el de un manual que no deje lugar a la reflexión personal, ni tampoco pretende desarrollar ideas preconcebidas, ni concepciones, más o menos originales, de la evolución de las ideas a través de los siglos medievales. El autor ha pretendido poner a disposición del lector la literatura mediolatina europea tal como



fue durante sus mil años de existencia. Es en este largo período donde la vida intelectual de Occidente se presentó en su momento de mayor solidez interna.

La materia del primer volumen está organizada en cinco partes, según un criterio geográfico. La literatura latina del período merovingio en Italia (pp. 33-70), en España (pp. 71-114), en Galia (pp. 115-53), en Irlanda y Gran Bretaña (pp. 155-224) y en los territorios alemanes (pp. 225-231). El segundo volumen se divide en tres partes: La primera trata la renovación intelectual en Europa bajo Carlomagno (pp. 7-73). Continúa con la exposición del desarrollo y la extensión de ésta renovación después de la muerte de Carlomagno hasta el fin del mundo carolingio (pp. 75-246). La tercera parte trata la literatura latina que se desarrolló al margen de éste movimiento general de renovación (247-260). Es decir, fuera del área carolingia, pero contemporáneamente a ella.

Ambos volúmenes terminan con una amplia bibliografía sistematizada. En primer lugar, una información general que incluye las colecciones de textos, las obras principales de referencia y los manuales más importantes para cada período. En segundo lugar, una bibliografía especializada por capítulos y autores (pp. 240-296 del primer volumen y pp. 263-325 del segundo). Al final, presentan índices onomásticos, listas de las obras citadas y los *incipit* y tablas cronológicas de ambos períodos

La literatura latina medieval se diferencia claramente de todas las otras literaturas europeas. No fue una literatura «nacional», sino que fue, quizá como único ejemplo en la historia, la expresión de una amplia comunidad cultural de ámbito supranacional, que supo integrar las variedades regionales con la unidad fundamental. La literatura mediolatina creció entre las ruinas del mundo antiguo y fue esencialmente la misma

cultura clásica; pero poco a poco fue acentuando sus propios rasgos personales hasta adquirir una solidez y una potencialidad creadora nuevas.

Es cierto que, con el paso del tiempo, el latín medieval se fue perdiendo como lengua vulgar y popular, y fue dejando paso a las diferentes lenguas nacionales. Esto es prueba de que había alcanzado la madurez y podía dar lugar a nuevas lenguas. Pero permaneció como lengua de la Iglesia, de la enseñanza y de la ciencia, del derecho, de la administración y de la diplomacia. Y en este estatuto de lengua sabia convivió con la gestación y desarrollo de las lenguas romances que, de hecho, crecieron a su sombra. Hasta el siglo XII y aún después, en muchos territorios europeos, el latín fue la lengua de la vida intelectual. De hecho, las diferentes lenguas nacionales de Europa, muchas de las cuales surgieron del latín, nacieron sin literatura, y tomaron de la latina sus modelos.

La Europa medieval cristiana fue bilingüe y esto es una de las principales razones de su profunda cohesión interna. La fe cristiana fue la fe común del occidente mediolatino y la Iglesia católica la única Iglesia. La lengua latina fue un instrumento que forjó la unidad espiritual y cultural de los pueblos que constituyeron Europa: romanos, germanos, celtas, magiares y eslavos.

Esta serie de volúmenes sobre la historia de la literatura latina de la Edad Media nos ofrece el rostro intelectual de lo que fue la Europa medieval, en todas sus manifestaciones y en toda su extensión, puesto que en cantidad, la literatura latina supera a cualquier otra literatura durante el milenio medieval.

M. Lluch-Baixaui

**Bogdam CZESZ**, *Związek Ducha Świętego z Kościołem w ujęciu świętego Ireneusza i w interpretacji montanistycznej* (El vínculo del Espíritu Santo con la Iglesia en San Ireneo y en la interpretación del montanismo), Ed. Księgarnia Sw. Wojciecha, Poznań 1991, 234 pp.

El Autor es profesor de Patrología y Pneumatología en la Pontificia Facultad de Teología en Poznań (Polonia) y presidente de la Sección Patristica de la Comisión para la Enseñanza Católica del Episcopado de Polonia. El presente libro es su trabajo de habilitación realizado en la Academia Teológica de Cracovia en 1988.

El libro está dividido en seis capítulos y termina con unas conclusiones donde se presentan los principales resultados de la investigación. En la introducción el Prof. Czesz describe el objeto de su tesis: el estudio del vínculo del Espíritu Santo con la Iglesia según San Ireneo. Según él, este aspecto es el principal en la pneumatología del Obispo de Lyon, a quien llama el primer teólogo del Espíritu Santo, y quiere contrastarla con la interpretación montanista, donde el punto de gravedad pasa de la pneumatología a la eclesiología. Para investigar las ideas montanistas el Autor utiliza las enseñanzas de Tertuliano en su etapa montanista.

En el primer capítulo ofrece un contexto histórico: presenta las ideas de los Padres apostólicos, de los apologistas y de autores gnósticos sobre la persona del Espíritu Santo. Sobre esta base, el capítulo segundo aborda la doctrina de Ireneo sobre el Espíritu Santo como persona divina distinta del Padre y del Hijo. El Espíritu Santo —según Ireneo— es la *Sapientia*, la «Mano de Dios». También es la Unción, en contraste con Cristo, el Hijo, que es el Ungido en la orilla del Jordán. El Espíritu Santo es a la vez Don y Pneuma.

En el capítulo tercero se trata de la Iglesia como el ámbito e la actividad del Es-

píritu Santo. El Prof. Czesz destaca algunos puntos de la doctrina de San Ireneo: «1) El que no está en la Iglesia, no participa en el Espíritu Santo y tampoco en la verdad; 2) Rechazar la fe de la Iglesia significa rechazar al Espíritu Santo; 3) La gracia del Espíritu Santo está sólo en la Iglesia; 4) La comunión del hombre con Dios es el don del Espíritu Santo» (p. 86). En este capítulo aborda también otros temas: el Espíritu Santo como el alma de la Iglesia, la posibilidad de actuación del Espíritu Santo fuera de la Iglesia, el vínculo del Espíritu Santo con el género humano.

El capítulo siguiente presenta el tema de la parusía del Espíritu Santo en la Iglesia a través de los sacramentos entre los cuales se subraya el Bautismo y la Eucaristía.

A continuación, una vez estudiada la doctrina de San Ireneo, el Prof. Czesz se adentra en el estudio de la concepción montanista del Espíritu-Paráclito y su función en la Iglesia. Esta parte empieza con la presentación de las principales ideas del montanismo, para pasar, en los siguientes apartados, al tema de la eclesiología y la pneumatología. Los montanistas, entre ellos Tertuliano, al contrario que Ireneo, sostienen que no se puede limitar la actividad del Espíritu Santo a la Iglesia institucional, pues actúa en los carismas que poseen los profetas. A través de ellos y no a través de la Iglesia jerárquica, el Espíritu influye sobre los hombres. Así se rompe el vínculo del Espíritu Santo con la Iglesia jerárquica y oponen ésta a la verdadera Iglesia pneumatológica. Este capítulo trata también de la función de la jerarquía en la Iglesia montanista y el tema del sacerdocio de mujeres.

En el siguiente capítulo, el Prof. Czesz contrapone las doctrinas de San Ireneo y las del montanismo. Subraya que la eclesiología de Ireneo es claramente distinta de la de los montanistas. Pues el Obispo de Lyon enfatiza el valor de la sucesión apostólica, que

asegura la autenticidad de los carismas, e insiste en que el Espíritu Santo se manifiesta en los sacramentos de la Iglesia. Por el contrario, Tertuliano habla de que no «hay ninguna ligación entre la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y Su actividad en la Iglesia pneumatológica» (p. 212); sólo los «homines spirituales» poseen los carismas verdaderos; sólo los elegidos por el Espíritu Santo tienen poder para absolver los pecados; el Espíritu Santo se manifiesta a través de los hombres poseedores del don de la profecía; cada uno, si posee el Espíritu Santo, puede considerarse como la Iglesia —esta conclusión nunca aparece en las obras de San Ireneo—. De este modo, el Prof. Czesz rechaza las distintas hipótesis de una semejanza entre la eclesiología de San Ireneo y la de los montanistas y destaca que el único punto similar en la doctrina pneumatológico-eclesiológica entre el Obispo de Lyon y Tertuliano se podría dar en la teología del martirio en su aspecto pneumatológico.

El Prof. Czesz, a lo largo de sus investigaciones, se apoya en una amplia bibliografía. El resumen de su trabajo es ofrecido en lengua alemana.

El tema presentado es interesante y proporciona una notable aportación tanto en el campo de las investigaciones sobre la eclesiología como en el de la pneumatología de la antigüedad cristiana.

P. Wygralak

**Francesca COCCHINI**, *Il Paolo di Origene. Contributo alla storia della recezione delle epistole pauline nel III secolo*, Edizioni Studium («Verba Seniorum N. S.», 11), Roma 1992, 225 pp.

El presente trabajo se propone seguir las indagaciones, conducidas en los últimos decenios por diversos estudiosos, relativas a

la historia de la recepción paulina en los primeros siglos cristianos. En lo referente hasta el siglo II abundan las investigaciones, que, en cambio, son escasas para los siglos posteriores. Los estudios de la profesora Cocchini acerca de la recepción de San Pablo en Orígenes se orientan a llenar esta laguna.

En el proceso de recepción del epistolario paulino, el gran exegeta Orígenes de Alejandría ocupa un lugar muy relevante. En su vasta producción literaria no sólo son los textos paulinos los más citados, por cuanto le ofrecen el fundamento de las especulaciones doctrinales y los principios teóricos de su *ratio* hermenéutica, sino que la persona misma de Pablo —su papel eclesial, su vida, su relación con las comunidades cristianas, con la cultura y religiosidad de su época— es el punto de referencia constante, autoridad indiscutida, modelo de imitación para los cristianos.

El presente libro comienza contrastando la figura de Pablo presentada por el alejandrino con aquella ofrecida por herejes, como marcionitas y gnósticos, grandes exaltadores de Pablo. A continuación, se centra ya en la persona de Pablo: su vida y sus rasgos más relevantes —revelador de Cristo, evangelizador, apóstol, maestro y profeta—, en fin, modelo para todos los creyentes. F. Cocchini extrae también de las epístolas paulinas un perfil del autor y un juicio sobre las comunidades cristianas a que iban dirigidas. Analiza, además, la valoración origeniana de la inspiración del *corpus paulinum* y de su autoridad. Muestra la relación de Pablo con las escrituras sacras y profanas. Con todos estos precedentes, F. Cocchini pasa a caracterizar a Pablo como el maestro, el mejor según Orígenes, de la interpretación cristiana de las Escrituras: lo que toma de la Sinagoga y lo que le diferencia de ésta; la oposición letra-espíritu; y el valor del Antiguo Testamento. A continuación, se presenta la exégesis origeniana de Pablo, es decir, los as-



pectos teológicos más destacados por Orígenes en sus comentarios al Apóstol. Tras estudiar la valoración que merecía a Orígenes el lenguaje de Pablo y su estilo literario, Cocchini presenta el bello tema de las prefiguraciones bíblicas del Apóstol: Pablo en las parábolas y en el primer testamento; y Pedro y Pablo en la entrada de Jesús en Jerusalén.

Identificarse con Pablo aparece desde los comienzos de la actividad teológica de Orígenes como una aspiración que permanece constante en su vida. Un conocimiento de este ligamen entre Orígenes y el Apóstol será dado un siglo más tarde por Jerónimo que, en continuidad con Dídimo, considerará al Alejandrino «segundo maestro de la Iglesia después de Pablo» (Jerónimo, *In Ezechielem Praefatio*).

El estudio de Cocchini supone una maduración de varios años de trabajo. Aporta muchos datos, extraídos de los textos de Orígenes, debidamente ordenados y analizados. Conoce muy bien la literatura secundaria, aunque parece haber olvidado el libro de José Ramón Díaz Sánchez-Cid, *Justicia, pecado y filiación. Sobre el Comentario de Orígenes a los Romanos*, Toledo 1991. Contiene un alto nivel de erudición y de ciencia, lo que no impide que su estilo literario sea ameno y entretenido. Este aspecto de la literatura y teología cristianas antiguas, de suyo hermoso, es tratado con altura científica y, a la vez, con hermosura literaria por parte de F. Cocchini, que así ha arrojado luces sobre uno de los capítulos más interesantes —y trascendentes para la posteridad— de la recepción paulina en la historia del pensamiento cristiano.

A. Viciano

**Gilbert DAHAN**, *Les intellectuels chrétiens et les juifs au moyen âge*, Les Éditions du Cerf

(«Patrimoine-Judaïsme»), Paris 1990, 637 pp.

La doctrina más corriente entre los pensadores cristianos de la Edad Media sobre los judíos y el judaísmo puede resumirse diciendo que veían en ellos un pueblo siervo no liberado por la gracia, una religión caduca desde la difusión del mensaje cristiano, una práctica vacía de sentido, puesto que rechazaban el contenido espiritual de los textos sagrados y se limitaban al cumplimiento exterior de la letra olvidando el espíritu. Pero las relaciones entre judíos y cristianos eran constantes y ésto hacía que se multiplicaran también las cuestiones planteadas por los intelectuales. También las actitudes varían desde el intento de diálogo y de colaboración, hasta la condena y la persecución.

El libro que ahora reseñamos es un intento de exponer las diversas actitudes y las preguntas y respuestas que se dieron por parte de los pensadores cristianos entre los siglos XII al XIV. El sólido estudio de Gilbert Dahan se presenta como la continuación de las obras de Marcel Simon, *Verus Israel. Étude sur les relations entre chrétiens et juifs dans l'Empire romain (135-425)*, Paris 1948 (nueva edición 1964); y de Bernhard Blumenkranz, *Juifs et chrétiens dans le monde occidental (430-1096)*, Paris-La Haye 1960.

Nos parece que el período tratado en este tercer estudio es especialmente apasionante. El siglo XII, momento de grandes mutaciones en el pensamiento occidental, de renacimiento literario y de recepción de nuevos saberes que habrían horizontes nuevos. La madurez del siglo XIII y la llamada Cristiandad, que tuvo que reaccionar ante la llegada de los nuevos documentos, y que logró la integración del saber tradicional y la nueva filosofía, en el fondo, de la fe y de la razón. El siglo XIV, por último, con su indudable perfeccionamiento de los instrumen-

tos y los métodos, pero que abocará en la ruptura intelectual de la unidad entre la fe y la razón y en la multiplicación de corrientes religiosas al margen de la Iglesia.

Según Dahan, los judíos fueron integrados en el mundo intelectual cristiano a lo largo del siglo XII, fueron delimitados en su posición de sometimiento en el siglo XIII, y finalmente, fueron excluidos o perseguidos durante el siglo XIV. No obstante, el libro no trata cuestiones de tipo sociológico o político, sino que se centra en la visión que los intelectuales cristianos de estos tres siglos tuvieron respecto de los judíos y del judaísmo.

Se toma como punto de partida el año 1096 (continuación cronológica de la obra de Blumenkranz) porque es el año del comienzo de la primera cruzada. Y el estudio termina el año 1391 en el que se cerró el florecimiento del judaísmo español (un siglo antes de su expulsión). Ambas fechas marcaron intelectualmente a Europa.

En cuanto a los límites geográficos, se centra el trabajo en el área comprendida por los territorios cristianos latinos. Aunque hubo diferencias notables entre unas regiones y otras, se trataba de un espacio cristiano homogéneo y unido, y sentido como tal por los autores medievales. Era la llamada Cristianidad medieval, una Europa unida, en la que los particularismos eran más regionales que nacionales.

El término «intelectual» está tomado en sentido amplio. Se trata para Dahan, de los «hombres de letras», de los «clérigos», de aquéllos cuya profesión era el saber: pensar y enseñar. Se incluyen también, por tanto, los pensadores monásticos, mientras que se prescinde de la literatura popular y de diversión.

A lo largo de todo el libro se señala una doble actitud, siempre presente entre los autores. Una «positiva», en la medida que reconocían la necesidad de la supervi-

vencia del pueblo judío como portador de una verdad, aunque él mismo fuera incapaz de entenderla. A la vez, una actitud «negativa», en cuanto que ese mismo pueblo representa un peligro que los autores se esforzaban en delimitar y definir.

El libro se divide en cinco partes. La primera es el encuadramiento general. Un esquema de conjunto de la evolución de la situación de los judíos en el Occidente cristiano: los acontecimientos, la relación con los poderes laicos y la condición jurídica. La segunda parte se titula «La Iglesia y los judíos». Se trata aquí la actitud de la Iglesia medieval tal como se encuentra en las actas de los concilios, en las bulas de los Papas y en otros textos canónicos y en sus comentarios. De aquí se desprende lo que el autor llama la «actitud oficial».

Las otras tres partes del libro tratan, sucesivamente: el encuentro, el enfrentamiento y la actitud de los intelectuales ante la «cuestión judía». Para el estudio de los autores y de las ideas el autor ha seguido constantemente los textos. Intenta un resumen de conjunto de toda la literatura sabia sobre los judíos entre los siglos XII y XIV. Fundamentalmente ha seguido los comentarios de los autores a la Sagrada Escritura. Este género de escritos fue el lugar de encuentro por excelencia con los judíos, tanto para el intercambio pacífico como para la confrontación intelectual. También se estudia el abundante inventario de los escritos *contra Iudeos*; el repertorio amplísimo de la literatura quodlibética, de los comentarios de las *Sentencias* y, en menor medida, del derecho romano.

El libro termina presentando una amplia bibliografía clasificada por temas que abarca hasta el año 1986. Instrumentos bibliográficos y repertorios sobre los judíos.

M. Lluch-Baixauli

**Fernando António FIGUEIREDO OFM**, *La vida de la Iglesia primitiva. Curso de Teología Patrística*, CELAM («Colección de Textos Básicos para Seminarios Latinoamericanos» [PELAL, II]), Bogotá 1991, 452 pp.

Dom Fernando António Figueiredo OFM, obispo de Santo Amaro (São Paulo, Brasil) y Presidente de la Sección de Pastoral para la Cultura del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), publica ahora la traducción castellana de su «Curso de Teología Patrística», primeramente aparecido en portugués en tres volúmenes. Esta obra se caracteriza —y conviene tenerlo en cuenta desde el primer momento— por ofrecer la vida de la Iglesia primitiva (hasta el siglo V) desde una perspectiva global, aunando los caracteres de la vida cotidiana cristiana con los planteamientos doctrinales sostenidos por los Padres más importantes del período.

Evidentemente, y quizá esto sea una de las singularidades más destacables del volumen, el autor ha considerado la peculiar situación teológico-pastoral por la que atraviesa la Iglesia en Brasil y, en general, en toda América Latina. Esto se advierte casi de inmediato, al leer las páginas dedicadas a San Justino, cuando, al tratar el tema *Logos spermatikós* —tema clásico en los estudios sobre este apologista— se detiene particularmente en el análisis de la condición del hombre entre el mundo y el cosmos: el hombre como ser liberado (y en qué consiste esa total liberación del hombre). ¡Qué duda cabe que aquí resuenan —sin asomo de anacronismo— los intereses de la Teología latinoamericana de las últimas dos décadas!

También en diálogo con los problemas propios de la Iglesia en A. L. —y en todos los Continentes!— el autor dedica un capítulo especial al estudio de la mujer en los primeros siglos cristianos. Sus conclusiones son interesantes, sobre todo si se piensa en la polémica suscitada por la llamada «teolo-

gía feminista» a propósito de los ministerios femeninos. Figueiredo afirma que el «viduatus», lo mismo que el diaconado femenino, constituye un estado de vida y no una función dentro de la Iglesia. (Como se sabe, otros patrólogos —Orlandis entre ellos— estiman, por el contrario, que el «viduatus» constituía una función u ordo laical). Las viudas no tienen el derecho a enseñar, pero tampoco son laicas simples: representan un antecedente remoto de la vida consagrada y se equiparan, en algún sentido, a las vírgenes, pues se habla de «vírgenes llamadas viudas». Las diaconisas, en cambio, son instituidas «para el servicio de las mujeres», en comunión con el obispo y de acuerdo con las exigencias de la comunidad; representan, pues, una cierta apertura de la mujer al trabajo pastoral en las iglesias a través de diferentes ministerios, pero sin acceso al sacerdocio en sentido estricto.

En la misma línea inculturadora podemos señalar el capítulo dedicado a la doctrina social católica en la época primitiva, especialmente el epígrafe titulado «Los pobres en la Iglesia».

Lógicamente, aunque por este manual desfilan los principales Padres, desde los apostólicos hasta la edad de oro de la Patrística, el autor concede mayor relieve a los grandes Padres de los siglos IV-V: Atanasio, Basilio Magno, Gregorio Nazianceno, Gregorio de Nisa, Juan Crisóstomo, Jerónimo, Ambrosio de Milán y Agustín de Hipona. El manual termina con un capítulo dedicado al monacato, tanto oriental como occidental, y un breve excursus titulado «La era de los concilios».

En definitiva: un tratado que, si bien sigue las pautas clásicas de los manuales más conocidos, ha tenido el acierto de incluir algunos temas que contribuyen a hacer más cercana la vida de la Iglesia primitiva y, por ello, a presentarnos con amabilidad nuestros orígenes cristianos. Al mismo tiem-



po, y sin incurrir en anacronismos, ilumina muchos problemas de nuestra hora, ofreciendo pautas de experiencia histórica para su correcta solución.

J. I. Saranyana

**Jacques FONTAINE (ed.)**, *Ambroise de Milan. Hymnes*, texte établi, traduit et annoté sous la direction de Jacques Fontaine, Les Éditions du Cerf, Paris 1992, 703 pp.

Un equipo de nueve distinguidos especialistas, bajo la dirección de Jacques Fontaine, el gran maestro en el campo de la literatura cristiana en la Antigüedad tardía, ha llevado a buen término una excepcional empresa científica: la edición, traducción y estudio de los himnos ambrosianos, auténtica joya de la poesía religiosa del cristianismo latino y que han dejado una huella imborrable en la liturgia y en la espiritualidad de la Iglesia de Occidente. La publicación de esta obra no debe pasar inadvertida a los lectores de AHlg.

Se inicia el volumen con una extensa y luminosa «Introducción General», escrita en su mayor parte por Fontaine, y que sitúa adecuadamente la himnodia ambrosiana dentro del contexto histórico, religioso y cultural en que surgió. Los acontecimientos que se sucedieron en Milán durante el año 386, y especialmente en los días sacros de la Semana Santa, con la prueba de fuerza entre Ambrosio y la emperatriz arriana Justina, pudieron influir en la génesis de los himnos ambrosianos, ya que esos cantos contribuirían a levantar la moral de los fieles católicos, en momentos de contradicción e incertidumbre. Fontaine investiga las posibles vías de introducción de los himnos ambrosianos en la liturgia y profundiza en la significación religiosa que el himno tuvo, tanto en las celebraciones comunitarias co-

mo en la oración personal del cristiano. El himno, en cuanto pieza literaria, es objeto de una minuciosa «dissección», llevada a cabo con la más rigurosa técnica filológica.

La presente edición contiene el *corpus* de los catorce himnos editados por Biraghi en 1862 y vueltos a editar cuidadosamente por Dreres en 1983. La paternidad ambrosiana de cuatro de los himnos es indiscutible, porque está atestiguada de modo fehaciente por autores contemporáneos. Respecto a otros diez, Fontaine piensa con razón que, en vez de intentar establecer una división radical entre piezas auténticas y apócrifas, sería preferible distinguir una gradación de categorías de autenticidad. De acuerdo con este criterio, otros cuatro himnos podrían considerarse «muy probablemente» de la propia mano de Ambrosio, tres más serían «posiblemente» auténticos, y las tres restantes piezas «probablemente» no son de Ambrosio, aunque estos himnos están escritos, como los restantes, «a su manera», de modo que pueden considerarse «de escuela» ambrosiana.

La edición crítica de cada uno de los catorce himnos, a la que acompaña una preciosa versión francesa, va precedida de una «noticia» del himno y seguida por un minucioso estudio filológico, estrofa por estrofa y verso por verso. Un *Index locorum ambrosianorum* figura al final de la edición de los himnos. Un estudio lexicográfico y unas concordancias realizadas mediante ordenador por el centro «Littérature et Spiritualité» de la Universidad de Metz completan el volumen, cuya aparición debe ser saludada como un auténtico acontecimiento científico. Jacques Fontaine y sus colaboradores han hecho un esfuerzo que bien se merece la gratitud no sólo de los especialistas en Filología latina, sino de todos los estudiosos que se interesan por la Literatura, la Historia, la Liturgia y la Espiritualidad cristianas.

J. Orlandis

**Enrique GARCÍA AHUMADA**, *Comienzos de la catequesis en América y particularmente en Chile*, Seminario Pontificio Mayor de los Santos Angeles Custodios («Colección: V Centenario»), Santiago de Chile 1991, 720 pp.

El Dr. García Ahumada, que fue durante algunos años secretario ejecutivo del Instituto Teológico de Pastoral del CELAM (Bogotá), y ahora es provincial de los Hermanos de la Doctrina Cristiana en Chile, acaba de publicar su tesis doctoral. Se trata de una memoria doctoral muy larga y erudita, que ve la luz coincidiendo con las conmemoraciones el Vº centenario.

El volumen, en cuidada edición, podría dividirse en dos partes bien diferenciadas: los primeros tres capítulos —incluida la «Introducción»— que suman 294 páginas; y los capítulos 4 y 5, que constituyen el núcleo fundamental de la tesis, con otras 258 páginas. Brevemente, dos mitades: la primera dedicada a exponer el marco histórico, tanto político como eclesiástico de la evangelización americana en el siglo XVI; y la segunda centrada en los avatares concretos de esa evangelización, contemplada a través de la catequesis. El capítulo 4 estudia la catequesis americana en general, y el capítulo 5, fundamentalmente los inicios de la catequesis en Chile.

La primera mitad, a pesar de ser la más conocida, es, con todo, de gran utilidad, porque García Ahumada ha recopilado, en un sólo volumen, muchos datos dispersos. Se advierte que el A. ha querido evitar a los lectores el esfuerzo que él mismo ha tenido que hacer para recoger toda la documentación que aquí se ofrece sumariamente. Se lo agradecemos; y, aunque los especialistas puedan ya estar familiarizados con esos datos, para el público medio —e incluso para muchos historiadores— la información no será superflua, ni mucho menos.

Como sugerencia, para una segunda edición, tres pequeños detalles. En p. 49 parece decirse que la Inquisición romana —fundada por el Sínodo de Verona de 1184, refrendada por Lucio III y extendida a toda la Iglesia por Gregorio IX— entró en Castilla en 1478. La historia, en cambio, es un poco distinta: en esa fecha los Reyes Católicos fundaron una nueva Inquisición (la Inquisición española moderna), forcejeando con el Romano Pontífice. No hay indicios de que la Inquisición romana haya entrado jamás en Castilla, aunque sí funcionó en Aragón. La Inquisición tan vilipendiada por la historiografía es la última, no la primera. En la p. 50 se califica de «legendario» a San Jorge, lo cual dolerá seguramente a los lectores ingleses y catalano-aragoneses, que celebran la fiesta de esta mártir bizantino, soldado de profesión, el 23 de abril. En las pp. 70 y ss., en que el A. trata el tema de la teoría teocrática, echamos de menos un libro excelente sobre la materia de Paulino Castañeda: *La teocracia pontifical y la conquista de América* (Vitoria 1968).

Ya se advierte que esos pequeños detalles resaltan todavía más el valor de la obra y el esfuerzo del autor, quien no se ha limitado a narrar, sino que ha polemizado con otros historiadores. Por ejemplo, cuando critica, en pp. 101 y ss., al P. Carmelo Sáenz de Santa María, por rechazar la historicidad de la empresa verapaciana de Bartolomé de Las Casas. O cuando interviene en la polémica sobre los Catecismos del III Mexicano —por cierto, recién editados, en 1992, por J. G. Durán— en torno a las supuestas relaciones entre esos catecismos y el famoso Ripalda (p. 282-283). Etc.

No obstante, lo más original, como ya dijimos, es la segunda mitad, especialmente a partir de la p. 334, cuando trata las obras catequéticas americanas más destacadas, desde el catecismo de Pedro de Córdoba a la obra catequética —y más— de Felipe Gua-

man Poma de Ayala, pasando por Jerónimo Oré, que incluye en el capítulo dedicado a Chile (Por cierto: se acaba de reeditar en este año de 1992 su *Símbolo católico indiano* [o peruano], por obra de J. Heras. García Ahumada ya había trabajado con el original oreano, rarísimo, conservado en la Biblioteca Nacional del Perú y en Londres, y había publicado un excelente análisis de él). Así, pues, de la segunda mitad, lo más novedoso es, sin duda, el capítulo chileno, del cual ya no se podrá prescindir en estudios posteriores.

Una amplia y moderna bibliografía final y un útil índice onomástico completan este volumen, al que damos nuestra más cordial bienvenida.

J. I. Saranyana

**Johannes GROHE**, *Die Synoden im Bereich der Krone Aragón von 1418 bis 1429*, F. Shöningh (Konziliengeschichte. Reihe A: Darstellungen), Paderborn 1991, XXV + 240 pp.

El Dr. Grohe, colaborador de la cátedra de Historia de la Iglesia medieval y moderna, de la Universidad de Augsburg, se propone estudiar los tres concilios que se ocuparon de la liquidación del cisma de Peñíscola. El primero se celebró en Lérida bajo la dirección del cardenal legado Alamán Adimari (1418). El segundo en Tarragona, presidido por el arzobispo de la ciudad Dalmacio Mur (1429). Y el tercero en Tortosa, convocado por el cardenal legado Pedro de Foix (1429). No se trata de un trabajo improvisado, de circunstancias. El autor ha dedicado varios años al acopio de materiales en numerosos archivos y bibliotecas, y a su elaboración. El resultado ha sido una monografía acabada y perfecta.

Martín V destinó al reino de Aragón al cardenal Adimari con la misión de ejecutar

la sentencia de deposición pronunciada por el concilio de Constanza contra Benedicto XIII, que se mantenía impertérrito en la fortaleza de Peñíscola. Juntó a los obispos, abades y procuradores de cabildos en Lérida y les manifestó que la solución del cisma se podía alcanzar por una doble vía: la *conversio* o la *eversio*. La primera había fracasado. Todos los esfuerzos para conseguir que Pedro de Luna renunciase por las buenas, habían resultado inútiles. Quedaba por probar la vía de *eversio*, que a su vez brindaba tres posibilidades: invocación del brazo secular y declaración de la guerra. Si al sínodo parecía mejor, se podría enviarle una embajada de parte del propio legado, del concilio o del rey. El cardenal se hallaba dispuesto a entrevistarse en persona con Pedro de Luna.

La respuesta del concilio fue concluyente: ni expedición militar ni embajada. Enviar una nueva embajada, sería perder tiempo y dinero. Tratar de vencer la resistencia del antipapa con medios militares, no ofrecía perspectivas de éxito, puesto que la fortaleza de Peñíscola pasaba por ser inexpugnable. Lo mejor sería que el legado, bajo su propia responsabilidad, tomase la iniciativa de negociaciones, dejando el concilio al margen de las mismas. El legado replicó que si *castrum Paniscole esset inexpugnabile, tamen poterat taliter et per terram et per mare providere, quod dominus de Luna Ecclesiam non scandalizaret, sicut cotidie faciebat*.

El único capaz de ejecutar la sentencia conciliar, era el rey. Era preciso ayudarlo con un subsidio voluntario, de lo contrario lo impondría el propio legado en virtud de los poderes de que estaba investido. El mismo rey lo había solicitado del concilio, recibiendo respuestas dilatorias, que lo exasperaban. Por fin, el legado impuso al clero aragonés un subsidio de 60.000 florines favor de su rey Alfonso V y, aunque el clero apeló ante la Santa Sede, no se libró de pagarlo.



Circuló el rumor de que el cardenal trató de desembarazarse del antipapa por medio del veneno, cosa que nunca se ha podido probar y que el concilio de Lérida no tomó muy en serio.

El concilio ilderense apenas tocó el problema de la reforma. El Dr. Grohe añade una noticia de interés. Durante su legación el cardenal Adimari buscó en las bibliotecas españolas manuscritos de las antigüedad clásica.

En los siguientes años se empeoraron las relaciones entre la corona y la curia. Sin embargo, los obispos no abrazaron públicamente el partido del rey contra Martín V. Al contrario, el concilio de Tarragona (1424) desaprobó el edicto antipontificio del año anterior, se quejó de las repetidas violaciones de las *Libertates Ecclesiae* y presionó al rey para que se reconciliase con el papa y acabase con el *Factum Paniscole*, que, después de la muerte de Benedicto XIII, constituía un escándalo. Sobre este último punto el rey se expresó cínicamente así ante una embajada del concilio tarraconense: *Quod, licet sustineret ipsos, tamen eis no adherebat. Sustinebat tamen eos, ne rederent ad alias partes per alios principes, qui talem intencionem, qualem ipse debebat, amplecterentur et illi gloriam consequerentur, quam ipse habere sperabat. Intencio enim erat sua, ne mortaliter punirentur, sed ut convertantur et vivant* (p. 125).

Raset habla de tres conciliares, *qui sunt domini regis*. Pero, al parecer, no ejercían un influjo decisivo en la corte. Los prelados, contrarios en varios aspectos a la política eclesial de Alfonso V, cedieron, sin duda por temor de las represalias, cuando el monarca se presentó personalmente en la ciudad de Tarragona.

El concilio tarraconense abordó el tema de la reforma, aunque de una manera superficial, sin verdadero ánimo de mejora personal y disciplinar. Se limitó a actualizar

la legislación provincial vigente introduciendo en algunas constituciones ciertas modificaciones, que más tarde fueron consideradas inútiles y superfluas.

El concilio de Tortosa (1429), convocado por el cardenal Pedro de Foix en calidad de legado pontificio, fue el más concurrido. Sus más de doscientos participantes estaban especialmente interesados en dos objetivos: extinción del Cisma de Peñíscola y restablecimiento de las libertades de la Iglesia. Y tuvieron la fortuna de conseguirlos por medio de negociaciones muy complicadas. Con la publicación de las *Littere patentes* del rey y de varias constituciones, dieron un paso importante en el camino de la reforma y de la recuperación de la libertad eclesiástica. Sin embargo, no se trata de una conquista definitiva. La Iglesia quedó a merced del capricho del voluble monarca, como lo mostrará pronto el concilio de Basilea.

En Tortosa se tomó la reforma más en serio que en los dos concilios anteriores. No se contentó con la condenación de abusos y de vicios. Se emprendió una labor positiva, impulsando la catequesis y la predicación por medio de la constitución sexta *De modo instruendi populum circa fidem necessariam*. En ella se manda a todos los diocesanos y demás prelados eclesiásticos, que den comisión a algunos hombres de letras y de probidad para que dicten y escriban un breve compendio, en que se comprenda con claridad cuanto deban saber los pueblos, y que este compendio se divida de modo que pueda explicarse en seis o siete lecciones y así durante todos los domingos del año se pueda explicar al pueblo.

En opinión del Dr. Grohe, se trata de un catecismo pensado exclusivamente para los párrocos, a los que debía servir de guía en la predicación. No acabamos de verlo claro. Tal vez estemos en presencia de una «tabla de la doctrina cristiana», análoga a la tabla, cuaderno de pergamino o cartilla que

introdujo el concilio nacional de Valladolid (1322), donde estaba escrita concisamente la doctrina cristiana y que debían estar pendiente en las Iglesias para uso de los fieles.

La presente monografía, que fue la tesis doctoral del Autor, figura por méritos propios y con toda dignidad al lado de los otros tomos de la *Konziliengeschichte*, que dirige el Prof. Dr. Walter Brandmüller, Ordinario de la Universidad de Augsburg en Baviera.

J. Goñi Gaztambide

**Cristóforo GUTIÉRREZ VEGA**, *Las primeras juntas eclesiásticas de México (1524-1555)*, Centro de Estudios Superiores de los Legionarios de Cristo, Roma 1991, 335 pp.

La historia religiosa de México, completa, veraz, totalizadora, aún está por escribirse. El siglo diecinueve que fue un siglo desacralizante contribuyó en buena parte a ese olvido y los historiadores, salvo contadas excepciones, no se ocuparon de esos temas. Habíamos vivido tres siglos inmersos en un fuerte ambiente de religiosidad y clericalismo, vinculado con el régimen político colonial. Había que huir de esa sujeción, ventilarlos de los resabios del binomio Estado o Iglesia y postular los valores del liberalismo y positivismo triunfantes. Joaquín García Icazbalceta y José Fernando Ramírez lograron producir dos monumentos biográficos en torno de dos figuras señeras, Zumárraga y Motolinía. Ambas discutidas, el conocimiento y la altura de los biógrafos hizo de ellas piezas claves de nuestra historia religiosa. A principios de este siglo, todavía calientes los resabios revolucionarios, Mariano Cuevas escribió impregnada de su espíritu combativo su *Historia de la Iglesia en México*, primero y notable intento de historia eclesiástica, que no de historia religiosa. De toda suerte, a partir de aquellos años, la historia eclesiástica

ca mexicana se ha enriquecido con la producción de propios y extraños y hoy contamos con buen número de excelentes trabajos que reflexionan sobre el papel de la Iglesia y sus ministros a partir de la creación de la iglesia mexicana en el siglo XVI.

Sin embargo de ello, ciertos aspectos de esa historia no eran hasta hace poco bastante conocidos. Uno de ellos era el referente a las primeras juntas eclesiásticas de México, al estudio de esas reuniones de los miembros de la iglesia mexicana, durante las cuales deliberaron en torno de temas de doctrina y disciplina eclesiástica y fijaron las directrices en torno de las cuales caminaría la Iglesia en México. Algunos trabajos de los beneméritos historiadores recién fallecidos Ernesto J. Burrus y José Antonio Llaguno habían tratado con brevedad ese tema, pero faltaba un estudio global que analizara finalidades, ideario y resultados de las diferentes juntas, a partir de la llamada apostólica de 1524.

Esa carencia la llena sobradamente la obra que reseñamos en la cual se estudian y analizan desde la junta de 1524, la otra apostólica de 1526, la eclesiástica de 1531, las cuatro juntas de 1532, la de 1535, la de 1536, la de 1537, la de 1538, las de 1539-1540, la de 1541, la de 1544, la de 1546. El autor estima que las juntas «constituyen una manifestación permanente de la evangelización y de la vitalidad de la obra misionera en la formación y consolidación progresiva de la nueva iglesia. No son reuniones de protocolo jurídico. Los problemas importantes están al orden del día y los participantes trabajan directa y activamente en la obra misionera. La colaboración entre las autoridades eclesiásticas y civiles llega a un grado que actualmente nos sorprende».

El autor divide su obra en tres partes principales. La primera, la dedica al análisis concienzudo, sereno, desapasionado de las juntas indicadas y analiza los temas que ocuparon la atención preferente de cada una

de ellas. Así tenemos como sujetos de mayor importancia los siguientes: catequesis y administración de sacramentos; repartimientos y encomiendas; justificación de la guerra de Nuño de Guzmán, la conversión de los naturales subdividido en: envío de misioneros, impresión de doctrinas y cartillas, cuestiones de jurisdicción y privilegios; revisión de las leyes sobre los tamemes; sobre el modo de poblar y conservar la tierra; la erección de la catedral de México; sobre los términos y distritos de los obispados de Nueva España; sobre las ceremonias del bautismo; sobre la tasación de tributos; sobre la participación en el concilio general; sobre la repartición de subvenciones, preventos y emolumentos; relaciones entre obispos y religiosos; organización de las estructuras eclesiásticas; temática sacramental; las encomiendas y las Leyes Nuevas de 1542; del régimen y obligaciones de los encomenderos; la reducción de los indios en pueblos; diezmos de los indios; la inquisición apostólica; derecho de asilo en las iglesias; creación y variación de los límites de las diócesis; la publicación de las doctrinas y la distribución de la eucaristía a los indios. Como se ve, el temario comprende los aspectos más salientes de la primera etapa de evangelización y poblamiento de la Nueva España. Temas importantísimos para la historia social, económica, política y cultural de esos primeros años son estudiados y tratados de resolver por los asistentes a las juntas, que fueron los misioneros y autoridades eclesiásticas más connotadas. La organización íntegra de la Iglesia mexicana se debatió con absoluta libertad, así como la situación general de la sociedad mexicana en formación, principalmente de la república indiana. Cada una de las juntas ha merecido la reflexión del autor, quien se apoya para sus conclusiones en los documentos surgidos de las propias juntas.

La segunda parte la representan los documentos mismos de las juntas, muchos de

los cuales se dan a conocer por vez primera. Este conjunto documental contiene así mismo reflexiones del autor y notas complementarias que los esclarecen. Su importancia es fundamental para el conocimiento del pensamiento social, económico, político y cultural que vibraba en la época y en la mente de los personajes más salientes de la vida eclesiástica de aquellos años. Fray Martín de Valencia, fray Julián Garcés, fray Alonso de la Veracruz son unos cuantos nombres que se pueden mencionar, entre los de muchos otros ilustres varones que tuvieron en sus manos la labor de crear la iglesia mexicana y encauzarla en la labor de defensora de los derechos humanos, principalmente de los de los indígenas, a cuyo cuidado estuvieron confiados.

La tercera parte, la más breve, la constituye una especie de glosario o nómina de los documentos salidos de las juntas, ordenados cronológicamente.

La obra, elaborada a base de seria investigación realizada en archivos y bibliotecas, como se advierte en su rico apartado crítico, está realizada con madurez de juicio, serios conocimientos y con un diestro manejo de las abundantes fuentes utilizadas. Representa un esfuerzo muy meritorio que nos permite conocer la recia formación del clero mexicano, su espíritu misionero y la amplia visión que tuvo en esos primeros años formativos, antes de la reunión del primer concilio de 1555 que marca ya una etapa decisiva, definitiva de la acción de la Iglesia en México.

Sorprende, al leer esta obra, escrita con fluidez y espíritu crítico, encontrar en sus documentos una de las informaciones más ricas en torno de las preocupaciones sociales y culturales existentes en esa época, cuáles fueron las resultantes de sus conclusiones y cuáles las que obtuvieron una solución positiva. La génesis de una sociedad, la novohispana, está perfectamente plasmada en los



temarios, conclusiones y realizaciones tenidas mediante la realización de esas juntas.

Este libro queda como un aporte singular ante el Vº centenario del inicio de la evangelización que hemos conmemorado.

E. de la Torre Villar

**Ives-Marie HILAIRE (dir.)**, *Cent ans de catholicisme social dans la région du Nord. Actes du colloque de Lille des 7 et 8 décembre 1990* en «*Revue du Nord*», LXXIII (1991) 229-554, número monográfico.

Las Actas que presentamos son una buena muestra del interés que ha suscitado en los últimos años —alrededor del centenario de la *Rerum novarum*— el catolicismo social en distintos países europeos. Sólo en Francia tuvieron lugar tres coloquios regionales, en Burdeos, Nantes y —el que presentamos, que fue el primero en realizarse— en Lille. Además de un coloquio general en la École Française de Roma.

El coloquio de Lille —y mucho de los otros— se debió en gran medida al trabajo del prof. Hilaire, que consiguió no sólo la participación de la universidad estatal sino también del Institut Catholique. Un ejemplo de colaboración a tener en cuenta. Y especialmente conveniente en Lille, zona muy europea, prontamente industrializada y con gran presencia católica. Muy adecuada, como señala Nadine-Josette Chaline en las conclusiones, para un estudio regional de catolicismo social.

Las comunicaciones están agrupadas en cuatro grandes bloques: *Rerum novarum* y sus repercusiones inmediatas (6 comunicaciones); catolicismo social a principios de siglo en el Norte (4 comunicaciones); *Quadragesimo Anno* (5 comunicaciones); elementos para un balance en el período de entreguerras (7 comunicaciones). Un quinto apartado está de-

dicado de algún modo a la historia oral, ya que recoge testimonio de católicos sociales en los distintos movimientos.

Los trabajos son todos interesantes. No faltan los de algunos de los investigadores más importantes de la historia religiosa contemporánea francesa como Remond, Mayeur, Caudron, Levillain, Chaline (que esboza unas conclusiones) o Hilaire. Participan también especialistas locales, muchos de ellos vinculados al grupo de trabajo que ha reunido en la Universidad Charles de Gaulle de Lille el prof. Hilaire. En cuaderno aparte se ha publicado un índice onomástico especialmente útil para el manejo del volumen.

El conjunto es una muestra notable del rigor y madurez de la historiografía religiosa francesa y, especialmente, del grupo del Norte, vinculado a la gran red del Greco nº 2 del CNRS, pero con vida propia, tanto a nivel nacional como internacional. Coloquios como el de Lille son un ejemplo a imitar, especialmente en España, donde los pocos estudios locales con los que contamos están aún muy inconexos. Celebrar en España coloquios como el de Lille contribuiría a llenar lagunas y a detectar las posibles diferencias regionales y las distintas influencias de nuestro catolicismo social, poco teórico pero muy rico en iniciativas.

A. M. Pazos

**José Antonio ÍÑIGUEZ**, *El altar cristiano, II. De Carlomagno hasta el siglo XIII*, EUNSA («Colección Historia de la Iglesia», 9), Pamplona 1991, 549 pp.

Continuación de un libro anterior e incluido en la «Colección Historia de la Iglesia», patrocinada por el Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, el último trabajo de J. A. Iñiguez, Profesor

de Arqueología cristiana en la citada Universidad, afronta la evolución histórica del altar en el periodo comprendido entre los siglos IX al XIII. El libro incluye también el estudio de aquellos elementos que, con mayor o menor intensidad, se relacionan con el desarrollo de las formas, materiales y emplazamiento del ara cristiana: presbiterio, cátedra, reliquias, retablo, ciborio...

El autor ha dividido acertadamente su monografía en cinco capítulos, con un criterio basado en la estricta cronología: cada apartado abarca un siglo de historia. Las subdivisiones, como es lógico, son más flexibles y tratan los aspectos más interesantes de las distintas épocas y situaciones. Completan el volumen un abundante apéndice documental, con una selección de los textos utilizados, en su traducción castellana, y una bibliografía, bastante completa, de autores y obras de índole documental o estudios histórico-arqueológicos.

Nos encontramos, de este modo, ante un profundo estudio de carácter histórico-arqueológico y litúrgico-canónico, surgido como fruto de las investigaciones del autor sobre las relaciones entre las Leyes eclesiásticas con las formas de los objetos culturales, muy especialmente en la influencia que aquellas han tenido en la aparición de formas concretas que puedan calificarse con todo rigor como formas de arte cristiano. Por el contrario, queda bien claro que el profesor Iñiguez no pretende abordar temas de índole litúrgico-teológica.

Los valores científicos de esta monografía resultan manifiestos. Además de la división en capítulos, clara y pedagógica, no deben pasarse por alto ni las abundantísimas ilustraciones —veraderas miniaturas— del propio autor; ni la expresión, cuidada y, en ocasiones, verdaderamente bella de la redacción. Estos detalles convierten el estudio de Iñiguez en una obra de fácil y gustosa lectura. Por si fuera poco, la sencillez y claridad

de exposición, convierten este trabajo de investigación en un libro accesible a todas aquellas personas interesadas en el tema.

Las tesis defendidas por el profesor Iñiguez se apoyan con firmeza en documentos y fuentes de época. Se advierte un manejo y conocimiento completo de las principales colecciones documentales, tales como PL (*Patrologia cursus completus*, ed. P. Migne) y MGH (*Monumenta Germaniae Historica*). Además, el autor no olvida los vestigios de índole arqueológica, bien se trate de materiales arquitectónicos o de ilustraciones procedentes de códices de época.

La única objeción que encontramos al trabajo de J. A. Iñiguez, se explica, sin duda, por razones editoriales: necesidad de contar con volúmenes con un número similar de páginas. En efecto, el último capítulo, dedicado al siglo XIII —inicio de una nueva época cultural: plenitud de la Edad Media—, debería haberse incluido en una nueva monografía, pues, además —tal y como indica el propio autor—, la abundancia de datos monumentales del XIII obliga a un cambio de metodología.

Tras una atenta lectura, únicamente hemos encontrado tres tesis susceptibles de posteriores matices: la importancia de la cátedra fuera del ámbito de la península italiana —patente para los estudiosos de liturgia en el África tardorromana—; el simbolismo del altar como cuerpo de Cristo, anterior al siglo XII y clásico en el pensamiento de los Padres de la Iglesia y autores eclesiásticos de la antigüedad —como el mismo autor afirmaba en el primer volumen—; y la fecha y lugar de desaparición —relativa— del rito hispánico —Gregorio VII no pudo enviar ninguna bula en el año 1036, pues su pontificado no dio comienzo hasta el año 1080 (se trata, con toda seguridad, de una errata), y el último territorio en adoptar el rito romano no fue el condado de Aragón, sino el Reino castellano-leonés—. Con todo, na-

da empaña, en modo alguno, el rigor metodológico o el mérito de la monografía. Una última advertencia: si bien no se trata de un estudio teológico-litúrgico, la bibliografía podría incluir, como ayuda para el lector, monografías de ese carácter. Y además, en sucesivas ediciones, convendría corregir las erratas tipográficas en citas de autores y obras.

Como conclusión, la monografía del profesor Iñiguez posee un interés indiscutible para aquellas personas dedicadas al estudio de materias como Liturgia, Historia del Arte, Arqueología cristiana... También resulta muy aconsejable —casi imprescindible— para los profesionales de la restauración de edificios de culto, o los especialistas en arquitectura religiosa. En la citada obra se encuentran, sin duda, soluciones e ideas que ayudarán a dignificar los edificios de culto y restaurarlos o construirlos con modelos concordes y armoniosos, según épocas y estilos. No nos queda más que felicitar al autor y esperar que el tercer y último volumen de este meritorio estudio aparezca cuanto antes.

J. L. Gutiérrez-Martín

**Dominique IOGNA-PRAT, Colette JEUDY, Guy LOBRICHON (eds.),** *L'école carolingienne d'Auxerre. De Murethach à Remi (830-908)*, Beauchesne («Entretiens d'Auxerre 1989»), Paris 1991, 506 pp.

Un equipo de investigadores, bajo la dirección de Georges Duby, se ha propuesto una línea de investigación titulada: «Auxerre. Culture el Sociétés. IX<sup>e</sup> et X<sup>e</sup> siècles». Se trata de un estudio global de esta importante sociedad monástica carolingia, para explotar de un modo sistemático e interdisciplinar el importante tesoro histórico-cultural de la abadía y la escuela de Auxerre.

La célebre abadía benedictina fue establecida en Auxerre en el siglo IX y se convirtió en abadía real con Pipino el Breve. Durante el reinado de Carlos el Calvo, que veneraba a San Germán como uno de los protectores del trono de los francos, la abadía de Auxerre fue uno de los polos principales de resurgimiento intelectual en el territorio carolingio. Su escuela mantuvo estrechos lazos con los principales intelectuales palatinos como Loup de Ferrières y Juan Escoto Eriúgena.

Este centro de estudio y meditación de los textos de la Sagrada Escritura conservó su vitalidad durante las turbulencias político sociales que siguieron al debilitamiento de los monarcas carolingios. Su opulenta colección de libros no sufrió ningún daño y así, en el momento de la expansión de Cluny, los monjes que trabajaban para el sostenimiento intelectual y espiritual de la nueva congregación, se apoyaron enormemente en las obras de los maestros de Auxerre, especialmente en las de Haimon y Heiric. Los maestros de Auxerre pertenecían al círculo de intelectuales próximos al trono, y se recurría a ellos para todo tipo de cuestiones teológicas de actualidad, en unos tiempos en los que la moral y la política estaban cuidadosamente unidas.

Georges Duby, que dirige estas investigaciones, se lamenta de la falta de interés del C.N.R.S. por la publicación de este tipo de trabajos, por no considerarlos comerciales. El objetivo de este equipo de estudiosos es reconocer lo que queda hoy de la escuela de Auxerre, buscar en las bibliotecas del mundo los manuscritos que salieron de sus talleres de escritura, identificar a quienes los compusieron y a quienes los emplearon. Al mismo tiempo, se propone el análisis de las obras en sí mismas, de los métodos de trabajo y del pensamiento de los autores (hagiografía, exégesis y teología). Por último, pretenden reconstituir la red de relaciones,



instituciones y poderes en cuyo seno se prosiguieron sus trabajos, y las relaciones materiales, religiosas e intelectuales de la abadía y su escuela con la sociedad urbana, desde el Obispo y los canónigos de la catedral a los laicos. Se trata, por tanto, de una historia global que incluye el encuadre material de la abadía benedictina y de toda su producción, desde los monumentos arquitectónicos, hasta los manuscritos.

El volumen que ahora presentamos son las Actas de las «Séptimas Conversaciones de Auxerre», que tuvieron lugar en la abadía del 6 al 9 de septiembre de 1989. Las conversaciones estuvieron dedicadas a *La escuela carolingia de Auxerre. De Murethach a Remigio (830-908)*; se trata, por tanto del estudio de su producción literaria en la mitad del siglo XI. La parte arqueológica del trabajo se desarrolló en el catálogo de la exposición titulado *Intelectuales y artistas en la Europa carolingia*, que tuvo lugar, también en Auxerre de julio a octubre de 1990. Ambos trabajos, son complementarios, y presentan la realidad intelectual y la realidad monumental respectivamente. Son el primer fruto publicado de este plan de investigación a largo plazo. Como el propio Duby afirma en el Prefacio, estas actas muestran a la vez la austeridad y la fecundidad, así como la necesidad de reavivar, filtrar y depurar las fuentes para una historia seria de la historia y de la cultura. Esta frase resume también el espíritu de éstas investigaciones: amor por el dato objetivo y demostrado, rechazo de toda filtración de conocimientos inerciales y de aluvión literario.

El volumen se compone de tres grandes partes. En primer lugar, Ives Sassier y Janet L. Nelson hacen un estudio del medio político y cultural en el que se desarrolló Auxerre. Describen el mundo de la reforma impulsada por Luis el Piadoso y San Benito de Aniano (pp. 21-54).

El segundo grupo de contribuciones se dedica al *Scriptorium* de San Germán, entre

el siglo IX y el año Mil. Su biblioteca fue muy dispersada durante la Edad Media y, en especial, durante las tuerras de religión. Para intentar reconstruirla se han dedicado los trabajos de Jean Vezin, Guy Lobrichon, Claude Coupuy y Patricia Stirnemann (pp. 55-126).

El tercer conjunto de trabajos, que es con mucho el más voluminoso (pp. 127-500), se dedica a examinar, autor por autor, la obra de cada uno de los maestros de la escuela de Auxerre, siguiendo el orden cronológico: Murethach, fundador de la escuela y que destacó por sus conocimientos de gramática; Haimon, que representó un nuevo espíritu en la práctica de la exégesis con sus comentarios a los diferentes libros de la Biblia; Heiric, que es el mejor conocido, discípulo de Haymon (Auxerre), de Loup (Ferrières) y de Juan Scoto Eriúgena (Soissons). Recogió así las tres tradiciones: teológica, histórico-clásica y filosófica. Por último, Remigio, el más célebre de los maestros de Auxerre y quizás el peor conocido. Gramático como Murethach, exégeta y teólogo como Haymon y Heiric, Remigio supo desarrollar un pensamiento de fuerte originalidad, muy próximo al Eriúgena. Citamos entre otros, los trabajos presentados en ésta sección por Louis Holtz, Édouard Jeuneau y Claudio Leonardi. Muy interesante el estudio de Colette Jeudy, que cierra el volumen, sobre las obras completas de Remigio de Auxerre. La autora presenta una breve noticia biográfica, las principales obras de referencia y de bibliografía general que existen sobre el autor, una lista de obras atribuidas a Remigio, y otra lista de obras posibles o rechazadas definitivamente.

El libro presenta una serie de reproducciones y miniaturas de manuscritos, de los leccionarios, biblias y salterios de la biblioteca de Auxerre. Así como también unos indi-

ces de fuentes, de catálogos de manuscritos y de estudios sobre el conjunto de la Escuela.

M. Lluch-Baixauli

**Erwin Iserloh**, *Compendio di Storia e Teologia della Riforma* (1ª ed. alemana 1985), trad. italiana Gianni Poletti, Ed. Morcelliana, Brescia 1990, 308 pp.

El conocido historiador y profesor emérito de Historia de la Iglesia de la Facultad católica de Teología de la Universidad de Münster, especialista en temas de la Edad Moderna, plantea esta importante monografía sobre la Reforma protestante como una contribución para el mejor conocimiento de las iglesias cristianas reformistas, dentro del clima actual de las relaciones ecuménicas.

El libro aborda el tema en once capítulos que proporcionan de modo sistemático y claro el estado actual de la investigación. Lo inicia el análisis de las causas del movimiento reformista que separó de la obediencia a la Iglesia romana a un sector notable de la Europa cristiana (cap. I); sigue la exposición de las diversas corrientes reformistas a partir de Lutero (cap. II a IV), Zuinglio (cap. VI), los anabaptistas y espiritualistas (cap. VII), y el calvinismo (cap. IX); dedica dos capítulos a la elaboración de la doctrina (cap. VII: Formación de la confesión de fe en el curso de las controversias teológicas y políticas; cap. XI: Confesión y confesionalismos) y otros dos a la difusión de la reforma (cap. VIII: Fin del Imperio universal y la paz de religión de Augusta; cap. X: Europa en el signo del pluralismo confesional).

El A. se ha acercado a los reformadores con el deseo explícito de comprender su postura, y lo mantiene a lo largo del trabajo. Para ello parte de la trayectoria personal de cada uno y enlaza con su vida la configura-

ción de la confesión que encabeza. Este planteamiento es especialmente destacable en el estudio del luteranismo.

En el cap. I, tras precisar el término Reforma, con la que señala el movimiento cismático —afirma— que inició Lutero, y distinguirlo de la Reforma católica y de la Contrarreforma, analiza las causas en sentido amplio y en sentido estricto de la misma. La ruptura de la unidad de la cristiandad, unida a la ingerencia del poder político-civil en el ámbito eclesiástico, y el sentido crítico del humanismo tardo medieval son, para Iserloh, las causas remotas de la separación de la Iglesia.

En sentido estricto, señala tres causas de la Reforma: la falta de sentido religioso del Papado, los abusos en el clero y en el pueblo cristiano y, por último, la confusión doctrinal acompañada de una exteriorización de la vida religiosa. Iserloh acierta, a mi modo de ver, al afirmar que la carencia de vigor de doctrina teológica entre el clero católico del momento, está en la base del proceso reformístico luterano y, en consecuencia, sostiene con lucidez que «la caída de la moralidad es más síntoma que fuente».

Trata la personalidad multifacética y apasionada de Lutero en la que destaca la impronta de una fuerte religiosidad marcada por un concepto de la soberanía en un Dios absolutamente trascendente y lejano, que le había legado, en parte, su formación nominalista vinculada a la doctrina de Guillermo de Ockham. Esta formación le dejó también el conocido antiintelectualismo que vivió como un patético antiescolasticismo. En la síntesis biográfica que recoge, señala las interpretaciones partidísticas o parciales del reformador luterano, así como el acentuarse de sus posturas antieclesiásticas, que el A. atribuye, en cierta medida, a la falta de prudencia y comprensión en quienes recibían sus críticas.

Al exponer la personalidad y la labor de Zuinglio y Calvino se señala el contraste con la figura y los planteamientos de Martín Lutero. En los dos primeros queda de manifiesto un mayor peso intelectual —destacable en Calvino— así como unas connotaciones doctrinales más racionalistas y netas en materia, por ej., sacramentaria, en torno a la doctrina acerca de la Santa Misa y de la Eucaristía. Todos, sin embargo, coinciden en la politización de la Reforma, aunque al hacerlo impondrán distintas soluciones de acuerdo con la realidad socio-política respectiva: en Alemania el peso recae sobre el príncipe territorial, en Suiza lo lleva la ciudad. Se echa en falta que las líneas de la expansión calvinista —como de las otras confesiones reformistas— se limiten a Europa, sin hacer referencia al continente americano.

Junto a las tres figuras centrales de la Reforma el libro presenta las corrientes menores: los llamados anabaptistas, que el A. denomina «bautizadores», los espiritualistas «fanáticos», y los extremistas anárquicos o antitrinitarios.

La configuración de la doctrina reformista se presenta engarzada en los momentos de polémica intrarreformista en las que se delimitan los puntos más conflictivos y se extreman las posturas. En el cap. VII se estudia con acierto la figura y la labor de los teólogos polemistas católicos, se señalan los límites que la formación teológica de la época les imponían y los esfuerzos acertados de personalidades como el cardenal Gaspar Contarini. Se echa en falta una precisión de la doctrina católica sobre los puntos debatidos.

De interés didáctico los datos cronológicos pertinentes al tema que encabezan los distintos apartados. Amplia y útil la bibliografía que se presenta seleccionada por temas. Al final incluye un buen índice de nombres y materias.

Obra muy útil al historiador de la Iglesia en la Edad Moderna y material básico pa-

ra iniciarse en el estudio más especializado de la Reforma. Cumple ampliamente su cometido como historia de la Reforma; la segunda parte del título que el A. plantea —Teología de la Reforma— quedaría más perfilada si se llegara a realizar el contraste de las doctrinas reformistas con los principios de la doctrina de la Iglesia.

E. Luque Alcaide

**Elisa LUQUE ALCAIDE-Josep-Ignasi SARANYANA**, *La Iglesia católica y América*, Editorial Mapfre (Colección «La Iglesia católica en el Nuevo Mundo», VI/10), Madrid 1992, 372 pp.

Esta obra ha sido redactada como libro marco para la Colección «La Iglesia católica en el Nuevo Mundo», que consta de trece volúmenes. La citada serie, dirigida por el Prof. Alberto de la Hera (Universidad Complutense), constituye uno de los proyectos más ambiciosos, hasta ahora llevados a cabo, sobre la historia de la Iglesia católica en América (Canadá y USA, Hispanoamérica, Brasil y Filipinas), desde finales del siglo XV hasta nuestros días.

Los autores del libro que reseñamos, profesores de la Facultad de Teología e investigadores del Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra, han dividido su obra en tres partes: «La Iglesia que fue a América», «Los primeros pasos de la Iglesia en América» y «La evangelización americana y la cultura», desarrolladas en trece capítulos. En la presentación se especifica con claridad la autoría de cada uno de los epígrafes. El volumen resulta muy enriquecido con un índice onomástico y otro toponímico, y con una amplísima bibliografía comentada —capítulo por capítulo— que se adjunta al término del libro.

La tesis central de los autores podría recapitularse en los siguientes términos: los



espectaculares frutos de la primera evangelización americana —la que se ha denominado «evangelización fundante» o «evangelización constituyente»— deben atribuirse a que la Iglesia que pasó a América estaba ya reformada —antes de Trento, pues— y contaba, por tanto, con unos misioneros y agentes de pastoral con recursos sobrenaturales suficientes para emprender la titánica empresa de predicar a Cristo a culturas desconocidas a lo largo y ancho de muchos millones de kilómetros cuadrados. En la primera parte del libro se relata, precisamente, cómo se llevó a cabo la lenta y profunda purificación de la Iglesia española, comenzada en la segunda mitad del siglo XIV y culminada ya casi completamente en los primeros años del XVI. El exilio de tantos eclesiásticos castellanos en tiempos de Pedro el Cruel, resultó providencial. La denuncia profética de Montesinos sería ininteligible al margen de tal contexto histórico de reforma eclesiástica y de renovación del tomismo.

En la segunda parte, los autores estudian con detenimiento los métodos pastorales que se aplicaron en América, ciertamente tributarios de las experiencias evangelizadoras de las Canarias y de Granada, aunque pronto presentaron características propias. Esta segunda parte se completa con una información somera, pero suficiente, sobre las características de las culturas precolombinas, la erección de las primeras diócesis, la celebración de Juntas, Concilios y Sínodos, etc., hasta la recepción de Trento en América, principalmente en los Concilios III de Lima, III de México y III de Quito.

La tercera y última parte es un estudio de lo que podría denominarse la «inculturación de la fe» en América hasta comienzos del XVII, especialmente a través de la vasta tarea educativa promovida por la Iglesia a todos los niveles, y de la pintura y escultura, el teatro, la arquitectura, la música y, muy especialmente, a través de las cofradías

de fieles, temas en los cuales la Dra. Luque ha investigado fuentes de primera mano.

A lo largo de las partes segunda y tercera desfilan también los principales protagonistas de la evangelización, desde sus orígenes (por ejemplo, Ramón Pané) hasta mediados del XVII (como Alonso de la Peña Montenegro); las polémicas doctrinales habidas entre ellos; su pensamiento teológico; la reseña de los principales escritos redactados (crónicas, catecismos, directorios pastorales, etc.) —publicados o no— y sus tesis pastorales más destacadas; las cronologías de mayor relieve, etc., de forma que el lector culto podrá tener a la mano, en un sólo volumen, los hechos más sobresalientes de la evangelización fundante. Posteriormente, y según sus preferencias, podrá completar algunos extremos —aquí sólo enunciados— con la consulta de los otros volúmenes de la Colección.

En definitiva: una monografía muy rica en información, de fácil lectura y válida para centrar correctamente la gran epopeya evangelizadora que se inició ahora hace quinientos años.

Carmen J. Alejos-Grau

**Michele MACCARRONE**, *Romana Ecclesia-Cathedra Petri*, a cura di Piero Zerbi, Raffaello Volpini, Alessandro Galuzzi, Herder («Italia Sacra. Studia e Documenti di Storia Ecclesiastica», 47 y 48), Roma 1991, I, LXXVI + 1-670 pp.; II, 671-1419 pp.

Conocí a Mons. Michele Maccarrone en Spoleto, en la primavera de 1959. Se celebraba allí la «Settimana» sobre «Le Chiese nei Regni dell'Europa occidentale e i loro rapporti con Roma sino all'800», y tanto M. Maccarrone como yo figurábamos entre los ponentes de aquella reunión, la séptima en la serie de las prestigiosas «Settimane» spo-

tinias. Me correspondió exponer el papel de la Iglesia en las sucesiones al trono de la Monarquía visigoda del siglo VII, y el Prof. Maccarrone intervino brillantemente a propósito de uno de los aspectos más debatidos de mi ponencia: el significado de la unción regia en el proceso sucesorio y en la atribución de la legitimidad monárquica. Maccarrone, por su parte, desarrolló una documentada ponencia relacionada con el tema del Primado papal, que ha constituido a lo largo de toda su vida el principal hilo conductor de su investigación histórica: «La dotrina del Primato papale dal IV al VIII seculo nelle relazioni con le Chiese occidentali». Desde aquel lejano encuentro en Spoleto, hace más de treinta años, he admirado al Prof. Maccarrone y él me ha honrado con su amistad.

Los volúmenes que reseñamos —y que son los 47 y 48 de «Italia Sacra. Studia e Documenti di Storia Ecclesiastica» —recopilan veinte trabajos de Mons. Maccarrone, reunidos como homenaje rendido al ilustre historiador, con ocasión de su 80 cumpleaños. Los dos gruesos volúmenes están lejos de contener la totalidad de la obra escrita de M. Maccarrone. En la misma serie «Italia Sacra» figuran otras dos importantes obras del Autor: *Il Concilio Vaticano I e il «Giornale» di Mons. Arrigoni* (1966) y *Studi su Innocenzo III*, publicado en 1972. Inocencio III, el gran Pontífice de la Cristiandad medieval, había atraído durante un largo período la preferente atención de M. Maccarrone. Pero ha sido sin duda la historia de la Iglesia Romana, Sede de Pedro, y del Primado papal, el principal tema de la actividad investigadora de Maccarrone y, a mi juicio, el campo de la Historia Eclesiástica donde su aportación científica ha tenido mayor relieve y trascendencia.

Una excelente presentación de la obra de Mons. Maccarrone y de su personalidad científica lo constituye el extenso estudio de Mons. Piero Zerbi, «Michele Maccarrone, il cammino di uno storico», que figura a la ca-

beza del primero de los volúmenes que integran la presente publicación. La célebre «Scuola Normale» de Pisa de los años 20, —dirigida por Giovanni Gentile, uno de los máximos exponentes de la «intelligentsia» del Fascismo— contó entre sus alumnos al joven M. Maccarrone, miembro destacado de la FUCI, la Asociación católica de estudiantes. En Pisa, el estudiante, contó a un profesor que ejerció decisiva influencia en su vocación de historiador de la Iglesia y que puede ser considerado su maestro: Giovanni Battista Picotti.

El Profesor Picotti, ya anciano, asistía en Spoleto a la «Settimana» en que conocí a Maccarrone. Pero yo había coincidido con él algunos años antes —en 1955— en una de las primeras «Settimane» spoletinas, que estuvo dedicada al tema de «I Goti in Occidente». Me impresionó entonces la personalidad científica de G. B. Picotti y pienso que algunos de sus mejores rasgos los recibí en herencia el discípulo: la inmensa erudición, el rigor científico y, a la vez, el entusiasta apasionamiento en la defensa de aquello que, como resultado de una larga investigación histórica, había llegado a convertirse en arraigada convicción. En la «Settimana» sobre los godos tuve ocasión de presenciar un memorable debate entre Picotti y el gran medievalista alemán Wilhelm Ensslin, a propósito de Teodorico el Amalo-Dietrich von Bern. Fue un brillante torneo dialéctico entre los dos sabios, Ensslin a favor y Picotti en contra del célebre monarca ostrogodo. A la salida del aula, Ottorino Bertolini, un insigne historiador italiano y hombre de muy fino humor, me tomó aparte y comentó divertido: «No se extrañe de lo ocurrido: ¡para Ensslin, Teodorico es como un hermano gemelo, mientras que Picotti todavía no le ha perdonado la muerte de Boecio!».

El lector perdonará esta digresión, pero me ha parecido de interés evocar algunos rasgos del talante histórico de Picotti —eru-

dición, rigor, entusiasmo—, que brillan también en la personalidad de M. Maccarrone, y que hallamos reflejados en los estudios recopilados en esta obra. El problema de mayor calado que Maccarrone ha abordado en sus trabajos —ya lo dijimos— es sin duda la historia del Primado romano. Sobre ella publicó en 1952 una monografía de amplio espectro —no recogida aquí— que llevaba por título *Vicarius Christi. Storia del titolo papale*. Varios trabajos más sobre el tema fueron reunidos en el volumen *Apostolicità, episcopato e primato di Pietro. Ricerche e testimonianze dal II al V secolo* (Roma, 1976). En la presente reseña no resulta posible dar siquiera los títulos de los estudios incluidos en los volúmenes que comentamos. Habremos de limitarnos a señalar algunos de los que estimamos particularmente significativos entre los más recientes —los aparecidos en la década de los ochenta—, y que pueden considerarse como una muestra de la plena madurez de la obra del Autor.

Entre estos trabajos figura *La «cathedra sancti Petri» nel medioevo: da simbolo a reliquia* (1985); *Il papa Adriano I e il concilio di Nicea del 787* (1988); *I Fondamenti «petrini» del primato romano di Gregorio VII*, y *«Sedes apostolica-vicarius Petri». La perpetuità del primato di Pietro nella sede e nel vescovo di Roma (secoli III-VIII)*, ambos publicados en 1989. Llamo la atención del lector sobre este último, porque en él se pone de manifiesto algo que, a juicio de Zerbi, constituye un rasgo esencial del pensamiento histórico de Maccarrone acerca de la doctrina del Primado a través de los siglos: la duplicidad —y la consiguiente bipolaridad— de los factores: un factor institucional, la *sede apostolica*, que detecta, atribuida por Cristo, una especial función en el cuerpo eclesial; y otro factor de orden personal, Pedro y su sucesor en cada momento, el *vicarius Petri*.

En el primer volumen aparece recopilada de modo exhaustivo, por orden cronológico,

la bibliografía de M. Maccarrone, desde su primera publicación en 1929. Una extensa *Tabula gratulatoria* recoge las adhesiones personales e institucionales al homenaje que se le rinde en su 80 cumpleaños. La utilización del precioso material histórico reunido en la obra viene facilitado por el minucioso Índice de nombres y lugares que figura al final del segundo volumen. Como conclusión cabe decir que una parte considerable de la importante obra científica de Maccarrone resulta desde ahora más accesible al estudioso contemporáneo. Este es un hecho del que todos debemos congratularnos. Los historiadores de la Iglesia tienen contraída una deuda de gratitud con Mons. Maccarrone por haber sido un gran impulsor de los estudios de su especialidad, como cofundador y director de la «Rivista di Storia della Chiesa in Italia», y en su calidad de Secretario, primero, y luego Presidente durante más de un cuarto de siglo del «Pontificio Comitato di Scienze storiche». La obra científica personal de quien también fuera por mucho tiempo Ordinario de Historia Eclesiástica en la Universidad Lateranense, que queda en parte recogida en estos volúmenes, acredita que M. Maccarrone ha sido, además, uno de los mayores historiadores de la Iglesia de este siglo.

J. Orlandis

**José MORALES**, *Newman (1801-1890)*, Eds. Rialp, Madrid 1990, 375 pp.

El centenario de la muerte del Cardenal Newman (1801-1890), celebrado en 1990, ha puesto de manifiesto otra vez el intenso eco que su figura y sus ideas suscitan desde hace tiempo en la teología y la espiritualidad de la Iglesia. La declaración de la heroicidad de sus virtudes, realizada por el Papa Juan Pablo II el 22 de enero de 1991, ha



aumentado aún más el interés actual de los cristianos, y de muchos hombres y mujeres que no se confiesan creyentes, hacia este converso inglés del siglo XIX, que vivió una singular aventura espiritual, llena de significado y estímulo para la gente de hoy.

Existen numerosas biografías de Newman, escritas por católicos y anglicanos, por admiradores y adversarios, por excelentes newmanianos y por autores modestos. Son pocas a pesar de todo las que pueden considerarse logros verdaderos en la investigación sobre el biografiado.

El escritor y filósofo católico inglés Wilfrid Ward (1856-1916) publicó en 1912 la obra titulada *The Life of John Henry Cardinal Newman*. Hacía amplio uso de la correspondencia del ilustre oratoriano, y apuntaba entre otras cosas a mostrar los valores de Newman como pensador teológico y autor espiritual. Era una biografía intelectual que deseaba presentar un retrato auténtico del personaje, notablemente desfigurado en el libro publicado en 1906 por el francés Henri Bremond bajo el título *Newman: Essai de biographie psychologique*. Los dos volúmenes que componen la narración de Ward pueden consultarse todavía hoy con gran provecho, tanto por principiantes como por especialistas.

De gran solvencia es el libro biográfico publicado en 1952 por el oratoriano Louis Bouyer, *Newman: Sa vie, sa spiritualité*. Escrito desde una marcada simpatía personal hacia Newman y una clara connaturalidad respecto a su itinerario espiritual, no es un mero panegírico, y destaca por el acierto en presentar convincentemente al biografiado como el genio religioso que era.

El relato de la inglesa Meriol Trevor, distribuido en dos gruesos volúmenes (*I. The Pillar of the Cloud; II. Light in Winter*) apareció en 1962. La autora se dedica preferentemente a exponer con amplitud la vida de

Newman, y presta escasa atención a sus escritos. Ian Ker ha publicado en 1989 una extensa biografía de 762 páginas (*John H. Newman: A Biography*), que ha intentado una cierta síntesis entre la obra teológica de Wilfrid Ward y el detalle humano del libro de Meriol Trevor.

En este marco de historiografía newmaniana que hemos diseñado sumariamente, se sitúa la biografía publicada por José Morales en 1990, con el título *Newman 1901-1890*. El autor es Profesor ordinario de Teología Dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona, y uno de los newmanianos más competentes que escriben en lengua castellana. La presente biografía ha sido editada con motivo del centenario del Cardenal, pero refleja un trabajo de años y es como una síntesis de la visión del autor acerca de la actividad y los escritos de Newman.

José Morales ha producido en este libro la primera biografía original de Newman en español. Ha pretendido armonizar en el relato lo estrictamente biográfico y lo intelectual, en base a la idea de que la vida misma de Newman resultaría difícilmente comprensible si fuera descrita de otro modo. Porque Newman es un autor marcadamente autobiográfico, que nunca desaparece del todo detrás de sus obras.

El lector de estas páginas se ve introducido con sencillez y eficacia en el mundo exterior e interior de Newman. Es evidente que el autor logra expresar la simpatía y la adhesión que Newman merece, sin prescindir en ningún momento de la perspectiva y sentido críticos que se requieren para narrar y enjuiciar adecuadamente reacciones, crisis y normales acontecimientos. Ha conseguido asimismo exponer con admirable imparcialidad la acción y la responsabilidad de personajes que, opuestos a Newman, son a la vez dignos de respeto por diversos motivos, aunque no siempre practicasen juego limpio ni

cultivaran el sentido de la justicia. El autor es consciente de que para mostrar la grandeza de Newman no es necesario denigrar sistemáticamente a sus adversarios.

He aquí por tanto una narración rigurosa y ágil, que contribuirá a abrir la historia de Newman al público culto, y no sólo a la gente interesada en asuntos religiosos y teológicos.

P. Rodríguez

**Léo MOULIN**, *La vie des étudiants au Moyen Âge*, Bibliothèque Albin Michel de l'histoire, Paris 1991, 296 pp.

Léo Moulin es doctor en Letras (Bologna) y en Filosofía (Bruselas), y ha sido profesor del Colegio de Europa (Brujas) y de las Facultades de Notre-Dame de la Paix (Namur). El libro que ahora reseñamos nos ha parecido de un gran interés para quien se dedique al estudio de los autores medievales. No se trata de un estudio de historia de las doctrinas, sino de una densa presentación de lo que fue la vida cotidiana de las instituciones universitarias y las personas que las integraron, y de cómo se desarrollaba la vida académica en la universidad medieval. En este sentido, nos parece muy interesante su lectura puesto que las doctrinas teológicas y filosóficas que se elaboraron en el seno de estas instituciones no fueron, evidentemente, un pensamiento desencarnado sino que se enraizaron en un ambiente intelectual concreto y se desarrollaron en un contexto vital y material bien determinado. Conocer este entorno es un complemento esencial de la labor del estudioso del pensamiento medieval.

Puede decirse que el autor es un especialista en la descripción de la vida cotidiana en la Edad Media. Su obra *La vie quotidienne des religieux au Moyen Âge*, publicada en 1978

y muy pronto galardonada por diversas instituciones europeas, le dio a conocer como un experto en la historia de las órdenes religiosas. Con este nuevo estudio, Moulin se presenta también como un buen conocedor de la vida universitaria medieval.

Sobre la historia de las universidades medievales la bibliografía es ya muy abundante. En los últimos años se han multiplicado enormemente los estudios sobre la institución universitaria y sus miembros. Estos trabajos se orientan desde todos los puntos de vista: el análisis sociológico, el estudio de los métodos y de los instrumentos de trabajo, los programas de estudio y la organización académica, las relaciones de la Universidad con las autoridades eclesiásticas y políticas, los diversos géneros literarios y su evolución interna, etc. La cantidad de publicaciones es tan grande, que ya no se puede pretender dominar la totalidad de la producción científica en esta materia. El éxito de Moulin ha sido saber sintetizar en un libro de fácil lectura todos los nuevos conocimientos de que ahora disponemos sobre la historia de las universidades medievales.

Se divide el libro en tres grandes partes: 1. Los estudiantes. 2. Los maestros. 3. La Universidad. Cada una de ellas está más o menos desarrollada con el mismo esquema. En efecto, nos parece que el autor orienta su análisis en un doble sentido. Por un aparte, presenta lo que podría llamarse la teoría de la vida académica: la legislación, los objetivos, las normas que regulaban toda la actividad. Por otra parte, siempre intercalando una y otra, el autor nos presenta la realidad que, con mayor o menor éxito, intentaba realizar los ideales y cómo se vivían en cada una de las universidades. Se reconocen así los ideales y logros reales de la universidad en sus orígenes, que es una creación de la Edad Media europea y de su visión del hombre, de la naturaleza y de Dios. En ella, como dice el autor, se

formaron los pensadores más audaces, los espíritus más libres y los más creativos.

El trabajo de Moulin manifiesta un claro esfuerzo de imparcialidad. Apenas hace el autor juicios personales. Sus afirmaciones son las imprescindibles para dar coherencia a la lectura de una serie interesante y bien organizada de citas y ejemplos, tomados de las fuentes directas. En efecto, todo el material presentado es fruto de un concienzudo examen de actas y los cartularios de las diversas universidades europeas, así como de testimonios personales de los protagonistas tomados de frases de los sermones y discursos universitarios, de cartas privadas, de medidas y disposiciones de gobierno de las autoridades académicas, de reglamentaciones de los ayuntamientos o de los colegios universitarios referidas a la población estudiantil, sucesos más o menos relevantes, pero todos ellos significativos de lo que fue realmente la vida cotidiana en las universidades medievales. Desde Padua a Oxford, desde Coimbra a París, un centenar de universidades nacieron en los siglos XII y XIII y, con ellas, en cierto modo, se manifestaba lo mejor del espíritu medieval y nacía el ocidente moderno.

A lo largo de estos capítulos, se dibuja un perfil completo de lo que fue esta institución tan propia y exclusiva de la tradición occidental. En efecto, dentro de la enorme variedad y riqueza que tuvo la vida universitaria medieval, se reconoce entre sus líneas maestras una fuerte conciencia de unidad. Unidad que no significaba inmovilismo, sino punto de apoyo de un pluralismo muy rico y creativo. El fenómeno universitario, en su génesis y en los primeros siglos de su andadura, fue característico de una época en la que toda la Europa occidental gozaba de una real conciencia de unidad: la religión, que impregnaba la vida y la visión del hombre y del mundo, la lengua común, la paz entre las naciones. Esta conciencia de uni-

versalidad supranacional hundía sus raíces en una fe trascendente al mundo y en una particular concepción del mundo y del hombre. El intelectual medieval había logrado un equilibrio entre la noción de dependencia de su Creador y, al mismo tiempo, la confianza en sus propias potencialidades y en su libertad. El logro de éste equilibrio puede ser la explicación del sorprendente impulso que hizo posible los mejores logros de la Europa medieval y moderna.

Así, pues, puede verse a lo largo de la lectura de este libro con bastante claridad, cómo en la medida en que esta unidad se descomponga, el espíritu mismo de la Universidad perderá su impulso original para ir transformándose en un instrumento al servicio de las fuerzas político-sociales. En efecto, el surgimiento de las monarquías burocráticas y los nacionalismos tardo-medievales, el nacimiento y la extensión de los grupos cismáticos que rompieron la unidad de la Iglesia en los albores de la edad moderna y la pérdida progresiva de la lengua común, transformaron la institución universitaria y la concepción misma de Europa y de la cristiandad medieval. Los nuevos poderes, caracterizados por una fuerte tendencia nacionalista y defensora de los intereses propios sobre los de la cristiandad, ahogaron progresivamente la independencia intelectual y resquebrajaron la unidad corporativa de los intelectuales. El espíritu de la libertad y de solidaridad habían sido los pilares de la universidad en los mejores siglos medievales.

Nos parece que no puede leerse éste libro sin reflexionar sobre la Universidad de nuestros días y sobre la misma idea de Europa que se dibuja ante nosotros. Entre líneas se comprende que muchos puntos de referencia para la Europa del futuro pueden encontrarse precisamente en estos siglos de la madurez medieval, que nadie puede seguir calificando de oscuro. Y se comprende también que, a pesar de los siglos transcu-



rridos, aquel mundo de la inteligencia y del saber no es tan lejano al nuestro: los exámenes, las lecciones magistrales y los ejercicios prácticos, los problemas de alojamiento y de aulas, la obtención de becas de estudio y las relaciones entre la ciudad y la población estudiantil, las relaciones entre profesores y alumnos, el deseo de saber más y de organizar el saber de un modo coherente y pedagógico, la organización interna de la Universidad y las relaciones entre las diversas naciones en el seno de una institución esencialmente supranacional. Todo ello nos ilustra sobre los orígenes medievales de lo que todavía hoy es una realidad viva en nuestra sociedad.

Al final de libro se presenta una bibliografía que no pretende ser exhaustiva sino de orientación general. En primer lugar, las obras importantes que contienen amplias orientaciones bibliográficas, después las principales fuentes editadas y, en tercer lugar, las monografías y los artículos que el autor considera especialmente representativos de los avances más recientes.

M. Lluch-Baixauli

**José ORLANDIS**, *Memorias de Roma en guerra (1942-1945)*, Rialp (Colección Testimonios), Madrid 1992, 128 pp.

Si siempre resulta algo artificial y ocioso presentar al profesor Orlandis ante un auditorio de historiadores profesionales, más aún lo resulta si tal presentación se realiza en la páginas del AHIg, cuyo Consejo de redacción preside. Sin embargo, sí conviene recordar a este auditorio de especialistas que una característica señalada del hacer profesional del doctor Orlandis ha sido siempre su poligrafía: junto a sólidas monografías acerca de la Antigüedad tardía, y al lado de brillantes síntesis sobre el mundo gótico y

medieval, ha publicado muy interesantes reflexiones acerca del quehacer universitario y ciudadano, y libros de teología espiritual. Hoy, el profesor Orlandis se presenta ante el público con un género no trabajado por él hasta el momento: los recuerdos de su vida.

El libro que comentamos no es una autobiografía, porque la figura del autor se difumina entre los sucesos narrados hasta desaparecer por completo. Pero tampoco es un libro de «historia» —la historia de Italia entre 1942 y 1945— porque ni el observador ni lo observado pertenecen a eso que denominamos coloquialmente como «gran historia». Lo que tenemos ante nosotros es un excelente libro sobre Roma. Como su título dice con gran precisión, nos hallamos ante unas «Memorias de Roma en guerra». La protagonista es Roma, y las memorias son de ella. A lo largo de sus páginas, la ciudad asume corporeidad, y vive o cambia de humor siguiendo los ritmos de la guerra.

El libro se construye en forma de colección de viñetas, dibujadas al modo como ve la realidad un joven de 24 años —la edad que tenía al profesor Orlandis al llegar a Roma—: perfil rápido muy sombreadas y cargadas de color. La relación que guarda esta estética con la del primer neorealismo italiano es evidente, y en un momento casi explícita. A sus ojos, la Roma de finales de 1942 gira en torno a tres núcleos: el Vaticano, el Quirinal y la Embajada de España. Y cada uno de estos núcleos es un hormiguero de actividad, que rebasa la mera figura de su máximo representante en el momento, por egregio que éste sea: ni el Quirinal se agota en Benito Mussolini, ni el Vaticano en S. S. Pío XII, ni la Embajada de España en la barroca y bella estampa de D. Domingo de las Bárcenas. Por el contrario, lo que da unidad a estos tres núcleos, como cemento que acabará por llenarlo todo, es el «pueblo de Roma».

Como decimos, el «pueblo» termina por adueñarse del argumento. Si desde las primeras páginas, la ciudad de Roma aparece como una matrona inmortal y empírea, el «pueblo» que la habita es el que sufre todo y soporta todo, pero tiene la sabiduría de hacer que los acontecimientos pasen por encima de él, y así poder permanecer tan inmortal y empíreo como la ciudad que le da cobijo.

«Un viejo pueblo ante una guerra indeseada», así titula el profesor Orlandis uno de los capítulos del libro, y así muy bien podría titularse la totalidad del trabajo. Qué duda cabe que las páginas más impresionantes son las que relatan jornadas de exclusivo protagonismo colectivo: el fervor fascista del invierno de 1943, la euforia tras la caída de Mussolini en el verano del mismo año, la ambigüedad colectiva entre octubre de 1943 y junio de 1944.

Esta óptica del trabajo hacen especialmente atractivos los retratos de grandes personajes que atraviesan sus páginas. Se los observa siempre desde una perspectiva inusual: a la cálida luz de la mirada popular. Alcides de Gasperi es conocido como un modesto subalterno de la Biblioteca Vaticana; Mons. Montini es un joven eclesiástico retratado según el parecer del ujier de su oficina; la Italia fascista es caracterizada por los recuerdos de una cocinera doméstica de via Caroncini; Pier Silverio Leicht emerge entre paredes de su domicilio familiar, junto a sus hijas y nietos.

Nos encontramos ante uno de esos libros que enseñan más que la estricta literalidad de lo que se dice en sus párrafos.

J. Longares Alonso

**José ORLANDIS**, *Semblanzas visigodas*, Eds. Rialp («Libros de Historia», 39), Madrid 1992, 208 pp.

Ediciones Rialp ha publicado recientemente, en la misma colección, otro trabajo

del prof. Orlandis, titulado *La vida en España en tiempo de los godos* (reseñado en el vol. I de AHlg), que presenta un atractivo panorama de la historia de los visigodos: una visión real, avalada por el rigor científico de que siempre ha hecho gala su autor. Allí se detiene en el estudio de la concepción del mundo y de la vida de aquel pueblo que echó raíces en la Hispania de la alta Edad Media; la reconstrucción del medio social y del ambiente de la época son el objetivo fundamental de la investigación.

Ahora rehace «el perfil —la semblanza— de algunos personajes de aquel mundo, que tuvieron una destacada personalidad y dejaron suficiente huella de su existencia en las fuentes de conocimiento llegadas hasta nosotros» (p. 13). Con estas palabras, el prof. Orlandis expresa los objetivos de su investigación y el método de trabajo o selección que le ha guiado. Entre los múltiples protagonistas que se presentan en el escenario visigodo, ha elegido los personajes que mayor relieve ofrecieron en la vida política, cultural o religiosa de la época estudiada. Otra característica de la selección adoptada está en la fiabilidad de las fuentes visigóticas. Puede que algún lector advierta la ausencia de algunas semblanzas, como, por ejemplo, las de los santos Leandro, Braulio e Isidoro. El prof. Orlandis da también cumplida explicación al respecto: «de bastantes de esos personajes —de aquellos que no aborda directamente— existen excelentes estudios biográficos que hacen superflua la semblanza que aquí pudiera trazarse» (p. 14).

El volumen presenta un conjunto de semblanzas que reflejan la rica pluralidad de la sociedad hispano-goda. De esta manera, se asoman «a las páginas de este libro personas muy diversas, pero con la nota común de que todas dejaron su impronta en la época de la historia española que les tocó en suerte vivir: reyes y embajadores, dignatarios y obispos, ascetas y vírgenes» (p. 15). En verdad,

los personajes seleccionados ofrecen al lector múltiples y variados aspectos de la vida visigoda. Baste indicar un ejemplo: se abre el telón del escenario del mundo godo con la semblanza de una mujer, «una ricahembra, diríamos en la terminología española de los siglos medievales» (p. 17); por si alguien ha podido pensar que los tiempos visigóticos comprenden una sociedad protagonizada por varones y dominada por guerreros y eclesiásticos. Precisamente, la biografía de Goswintha, reina arriana, hace caer en la cuenta al lector sobre la realidad tan distinta de aquellos tiempos. Es deseo del A. cerrar el volumen con la semblanza de otra mujer, Egilo, la esposa de Don Rodrigo. Parece, pues, como si el prof. Orlandis quisiera suavizar la época estudiada, ciertamente severa por otros muchos motivos.

Los capítulos del libro son: *Una reina visigoda: Goswintha; Masona de Mérida, un obispo alegre, magnánimo y valeroso; Recaredo, el hombre nuevo; Dos embajadores: Agila y Oppila; Un hispano, Claudio de Lusitania, el mejor general visigodo; El conde Bulgar, o la azarosa vida de un gobernador provincial; Sisebuto, un rey clemente, sensible y erudito; Tajón de Zaragoza, el obispo con leyenda; Ervigio, un conspirador ambicioso y frágil; Marciano de Ecija o el Honor episcopal; La noble virgen Benedicta; y Egilo, la ambiciosa viuda de Don Rodrigo*. Estos títulos abarcan cronológicamente los siglos VI-VII de nuestra historia; desde el punto de vista geográfico, el estudio del prof. Orlandis se extiende a los cuatro puntos cardinales de la península Ibérica; y socialmente se refiere a los principales estratos humanos de la época goda.

El lector poco avezado en esta clase de literatura, pero deseoso de colmar su virtuosa curiosidad histórica, puede encontrarse ciertamente un tanto perplejo. El prof. Orlandis no es amigo de fechas aisladas que puedan ser memorizadas con facilidad. Su concepto de la historia es mucho más gene-

roso. En efecto, como experto investigador, señala fechas, describe acontecimientos y dibuja personajes con la misma sencillez y naturalidad con que discurren las aguas río abajo. Con todo, los sucesos concretos y bien enmarcados ciertamente no son la preocupación primera del prof. Orlandis; como tampoco las fechas en que tuvieron lugar. Lo que realmente hacen interesantes las páginas de este pequeño gran libro no son los distintos hilillos que se entrecruzan, sino el cañamazo que los soporta. En verdad, la historia está compuesta de esos pequeños hilos de distintos colores —fechas, sucesos, personajes, etc.—, pero lo que la hace cristiana, y este es el objetivo realmente fundamental del prof. Orlandis, es la diacronía divina que entreteje esos hilos y los sella con un marchamo peculiar. Este es el aspecto más destado de la obra del Emérito Profesor.

Ciertamente se trata de uno de esos libros que cautivan al lector por la agilidad del estilo en que está escrito, por la manera sencilla de presentar los personajes que se ofrecen y porque la temática abordada interesa al quien desea conocer la vida de sus ancestros.

M. Merino

**Antón M. PAZOS**, *La Iglesia en la América del IV Centenario*, Editorial Mapfre (Colección «la Iglesia en el Nuevo Mundo», VI/13), Madrid 1992, 429 pp.

Los 500 años iberoamericanos significan por su duración una cuarta parte dentro de los dos milenios de historia cristiana. Semejante arco temporal dista mucho de ser abarcable a simple golpe de vista; no es interpretable como si se tratase de un desarrollo homogéneo o hubiese sido protagonizado por hombres y pueblos carentes de todo



misterio. Cuando esto se olvida —por evidente que parezca— surgen las versiones enfrentadas, las historias de los pros y de los contras, el maniqueísmo del todo o nada, el espíritu apologético de las fabulaciones ejemplares frente a la decisión de beligerancia que pretende dar una versión ideológica a unos lectores y estudiosos que —de suyo— se darían con un canto en los dientes si se les suministrase la objetividad veraz sin aderezo alguno.

La realidad actual de cada uno de los pueblos de América está ante los ojos tal cual es ella. Y la pregunta que excita los nerviosismos se yergue a partir del dolor de esos pueblos que no saben olvidar su vinculación con España aunque tampoco sepan tal vez interpretarla. De este interrogante se deriva en unos casos ese afán de remontarse candorosamente a los orígenes, es decir, a los finales del «quattrocento» para salir desde ahí hacia una historia ejemplar, honra y prez de la España eterna; o bien para encontrar allí —opuestamente— el pecado de origen que inficiona tronco, ramas y frutos del añoso árbol de Iberoamérica.

Felizmente el libro de Antón Pazos, Profesor de Historia de la Iglesia (Edad Contemporánea) en la Universidad de Navarra, no se encuadra en la disputa o, si se prefiere, no tercia en los apasionamientos del uno o del otro género. Introduce eso sí —y ello me parece un mérito nada exiguo— una cuestión original y riquísima en virtualidades: ¿qué pasaba en aquellas Américas a finales de la pasada centuria? Esta es la cuestión que considero original y que, por obvia que pudiera parecer, no ha solido ser tenida como objeto exquisito y apetitoso de la atención culta. Hay excepciones honrosas, por supuesto. Pero pienso que el XIX iberoamericano espera una colección de estudios serenos que nos den la clave objetiva para solucionar el enigma. Parece claro que esa época atañe mucho más directamente a

los intereses vivos del hoy y del ahora, que cualquier proceso entablado para valorar —precipitadamente por necesidad— la Evangelización en toda su longitud, latitud y profundidad.

Que la América hispánica atrajo la atención de los ilustrados, y más en concreto la de algunos significados portaestandartes de la revolución que abre paso a nuestra época, es cosa sabida. Labbé Grégoire, cuya personalidad es, a tal respecto, de una relevancia superior a toda excepción, publicaba en París en 1798 su *Apología del obispo Bartolomé de las Casas*, figura que le era particularmente próxima como paradigma de una política antiesclavista y de reivindicación de libertades. Asimismo, Juan Antonio Llorente, «pendant» español de Grégoire, se contagiaba de sus mismas aficiones engolfándose con sensibilidad revolucionaria en la publicación de dos volúmenes [París 1822] que contenían una *Colección de las obras de Fray Bartolomé de las Casas* enriquecida con dos obras inéditas, una traducción de una obra latina que Fray Bartolomé «no pudo imprimir en España» y otras disertaciones y apéndices históricos. No deja de ser significativo que al publicar lo que sería el primer proyecto español de una constitución civil del Clero, es decir, su *Discurso sobre una constitución religiosa considerada como parte de la civil nacional*, Llorente hallaba la forma de encubrirse presentándola como *escrita por un americano*. Y por esas mismas fechas el Nuncio de Madrid lamentaba en algunos de sus despachos el riesgo, que ya se comprobaba, por las iniciativas de algún país europeo encaminadas a financiar el traslado a América del Sur de misioneros no católicos. Todavía hoy, quien visita con ojos despiertos los países de Centro América podría encontrar acá o acullá este o aquel templete neoclásico dedicado a la diosa Razón e inequívocamente erigido en honor de los valores revolucionarios. Sabidos son los influjos que el Libertador Bolí-

var recabó viajando a la Capital del Sena y su asimilación de los valores programáticos defendidos por los Hijos de la Revolución juntamente con su amor romántico a la Religión y a la Patria.

No se necesitan pruebas para afirmar lo útil que resulta una comparación del último tercio del XIX con el actual momento que nos corresponde vivir. En definitiva este tipo de comparaciones son para un historiador algo inevitable y casi anacástico. En el caso de Iberoamérica, de ese cotejo extraemos cierta consolación al percibir signos de un cierto proceso ascendente. Y eso aun reconociendo que todavía no hemos salido del valle. Ahora bien, si se la compara con el último tercio del siglo XVIII, la época final del XIX cobra la fuerza de un interrogante augural: ¿qué ha ocurrido desde la independencia? Ese interrogante espera todavía una respuesta satisfactoria.

De siempre se ha dicho que el siglo XVIII sigue vivo y que es más actual que ningún otro de la Historia. Que el siglo XIX aloja los primeros frutos obtenidos tras la eclosión de nuestra época y que transmite —casi sin adición de mérito— los fermentos dieciochescos, la riqueza de la Ilustración [por no decir mejor las Ilustraciones] que genera la modernidad [por no decir mejor las modernidades] y su característico progreso. Ahora bien, en Iberoamérica no es así. Eso pienso, al menos. Por eso surge la pregunta preñada de objeciones o, mejor, de desafíos e interpelaciones hechas no tanto al afán erudito cuanto al interés filantrópico, humanístico, cristiano y pastoral. Yo creo que éste es el mejor efecto que uno descubre en sí mismo tras la lectura del libro de Pazos. Esa pregunta crece, cobra relieve, inquieta. Véanse si no estas breves consideraciones: «... el siglo XIX es una etapa de pérdida de identidad y de mimetismo para los pueblos americanos. Contrariamente a lo que ellos mismos pretendían, el período que va de la independencia al último cuarto del

XIX es un tiempo de imitación, más o menos clara según los países, de modelos extranjeros, fundamentalmente de USA, que resulta fascinante a los gobernantes americanos en el aspecto económico organizativo, y de Francia, que les encandila por su prestigio cultural. Quizá habría que añadir otras influencias... En cualquier caso, parece apreciarse un desdibujamiento de la personalidad propia del continente, no compensada por un perfil más genuino de los distintos países. En este sentido, podría hablarse de una colonización voluntaria más fuerte aún que la hispánica, que no resultaba ajena desde muchos aspectos» (pp. 11-12). ¿No se sigue de aquí que el futuro de los pueblos de América ha de pasar por una recuperación de conciencia y de identidad por dolorosa que pueda ser la aceptación de sí mismos y de su propia realidad tal cual es? Ahora bien ¿podría hacerse esto dando la espalda a la objetividad histórica? ¿No cabe esperar que los pueblos de América asuman la responsabilidad que les compete y, en consecuencia, se «autorreconozcan» y se «autoacepten» con todos los defectos, virtudes y capacidades de su histórica idiosincrasia?

El libro de Antón Pazos es lujoso en cuestiones y aspectos. Se contempla el mapa histórico, la gestión de los legados pontificios, la labor de los obispos, las dificultades sociales y políticas, la avalancha de las sectas, la masonería, la gigantesca necesidad de clero, los seminarios y todo ello con toda una botonadura variadísima que sirva de ejemplo al pensamiento. Antón Pazos es historiador que conoce bien el arte de marear, experto en altura y bajura. Es intérprete fino del fenómeno social, económico y político y está habituado a contemplar la organización de los escenarios humanos, el movimiento de masas, las corrientes de ideas y de sensibilidades que se muestran en este o quel fenómeno. Y a fe que el fenómeno americano quema como la cal viva.

Puede decirse por eso que el libro es oportuno y que tiene el interés de una obra de gran actualidad. Libro publicado aprisa —sin duda alguna— para el contexto del Centenario. Libro, no obstante, pensado. Su estilo se aleja del preciosismo para ir a lo pragmático, a lo literariamente fáctico. Esto me parece un mérito, aunque en este caso el mérito parece emerger por encima de algunas incorrecciones o defectos de «rapport».

Puede decirse también que el libro es de largo alcance. Debe decirse, incluso, que debe obrar en la biblioteca de los estudiosos como guía de consulta y como acervo de cuestiones abundantísimas. La documentación es de muy alto interés y bien valorada; el método, moderno, ágil, actual. No faltará algún catador con lupa, que al pretender encontrar precisiones —que en tema tan amplio no puede ofrecer un volumen de 430 páginas— lamenta que el autor no se haya ceñido a un área más abarcable y más matizable en tintes históricos. Ahora bien, sería no entender el proyecto. Pazos —ya se ha dicho antes— se aventura a ofrecer un panorama tal cual se ve a vista de pájaro. Y esa audacia resulta juvenil y confortante. Si a ellos se suma un «savoir faire» de persona madura, una madurez precoz —habida cuenta que dista mucho de ser provecto—, entonces uno se alegra del talante de escritor que no espera a entregar perfecciones recogidas; sino que apresura frutos útiles llenos de sugerencias aunque no se responda «de omni re scibili et quilibet alia».

El libro no es ni un alegato ni un informe confidencial. Yo diría que se trata modesta y magistralmente de una aproximación al tema. Como aproximación, el estudio de Antón Pazos no puede —ni el autor lo pretende— llegar a conclusiones irreformables. Es el lector mismo el que al hilo de un reportaje pletórico de datos incitantes ha de llegar por su propio pie a una conclusión o,

mucho mejor, a un panorama rico que reclama ser explorado.

E. de la Lama

**Karla POLLMANN**, *Das Carmen adversus Marcionitas. Einleitung, Text, Übersetzung und Kommentar*, Vandenhoeck & Ruprecht («Hypomnemata», 96), Göttingen 1991, 220 pp.

Este libro, que contiene la publicación de la tesis doctoral en Filología Clásica presentada en la Ruhr-Universität Bochum en el semestre de verano de 1990, llena una laguna existente en los estudios de la poesía cristiana antigua. En efecto, faltaba un estudio global y abarcante de todos los aspectos referentes al interesante poema anónimo *Adversus Marcionitas*, estudiados hasta ahora en distintas monografías y artículos especializados.

La Dra. Karla Pollmann comienza, tras un conciso Prólogo, con la Bibliografía, que enumera las distintas ediciones, traducciones y estudios sobre este poema, así como otras obras utilizadas en la elaboración de su trabajo. Y a continuación aborda el debate sobre el título *Carmen adversus Marcionem* o *Carmen adversus Marcionitas*, inclinándose por esta segunda posibilidad. Las razones a favor de esta tesis están relacionadas con el problema del único texto que de este poema nos ha llegado, la *editio princeps* de Georgius Fabricius, Basilea 1564, el cual, pensando que el autor era Tertuliano, no sólo tituló este poema de cinco libros con el mismo título de la obra en prosa de Tertuliano, los cinco libros *Adversus Marcionem*, sino que incluso se atrevió a corregir el lenguaje del manuscrito por él utilizado, con el fin de adaptarlo a las normas clásicas del latín; así, se han causado serios problemas para la crítica textual, ya que ese manuscrito se ha perdido posteriormente. Por todo esto, la si-



guiente cuestión que en el libro se plantea es la del autor del poema. Pollmann, que pasa revista a todas las hipótesis postuladas hasta el presente, las rebate una a una: mediante el solo argumento de la afinidad no se puede concluir que el autor sea ni el prosista Tertuliano ni ninguno de los poetas cristianos conocidos, próximos al estilo del *Carmen*: Comodiano, Mario Victorino o Mario Victorio; el autor es, por tanto, anónimo. Para mejor precisar la fecha de composición, Pollmann estudia previamente la métrica, la prosodia y el estilo del poema, compuesto en hexámetros, lo que le permite entrever un lenguaje propio de la primera mitad del siglo V. Esta impresión se ratifica después de analizar los distintos argumentos y opiniones de los especialistas sobre esta difícil cuestión: la tesis de Pollmann es que este poema debió de componerse entre los años 420 a 450.

A continuación, la autora se centra en el contenido del poema. Antes de presentar la estructura de los cinco libros de que consta, expone de manera concisa y completa sus principales ideas teológicas; así se puede apreciar mejor la parcial dependencia y, a su vez, las diferencias de este poema con respecto a los cinco libros en prosa de Tertuliano. En el poema se encuentra una notoria recepción del *De civitate Dei* de San Agustín, así como una cristología propia de la época que se extiende entre los Concilios de Efeso (431) y Calcedonia (451). El adversario contra el que este poema se compuso no fue el mismo a quien Agustín dirigió su *Contra adversarium legis et prophetarum*; el *adversarium* de Agustín era un hereje que sintetizó postulados maniqueos y marcionitas, mientras que el adversario del poema era puramente marcionita. Por eso, Pollmann se atreve a postular que «se trata de un resurgimiento del neomarcionismo» (p. 35) a comienzos del siglo V. Interesantes son las observaciones sobre la técnica de argumen-

tación antiherética de esta obra, que Pollmann expone antes de pasar a la aportación más importante de su trabajo.

Esta consiste en la edición crítica del poema y en la traducción del mismo, la primera hasta ahora realizada en lengua alemana. Pollmann muestra convincentemente que la última edición crítica de este poema, publicada por R. Willems en el *Corpus Christianorum Series Latina* 2, Turnhout 1954, 1417-1454, era mejorable. A la edición y traducción (55-133 pp.) siguen extensos comentarios (134-195 pp.) que analizan detalladamente dependencias literarias, clásicas y cristianas, así como dificultades lingüísticas de tipo gramatical, métrico y semántico del texto; también se ponen de relieve aspectos retóricos y teológicos. El volumen termina con útiles índices: nombres y cosas; pasajes bíblicos; y lista de palabras del poema.

Este trabajo, en verdad excelente, constituye una importante aportación a los estudios de Filología Clásica y de Patrología. Sólo nos atrevemos a hacer dos observaciones, que pueden resultar útiles a un investigador alemán desde una perspectiva española: 1ª) Para exponer el pensamiento teológico de Marción, Pollmann (p. 34), siguiendo la praxis habitual en Alemania, se apoya en los clásicos estudios de Adolf von Harnack; pero también convendría tener en cuenta los de Antonio Orbe, que, además, próximamente publicará un nuevo libro con la pretensión de revisar y modificar en parte la visión que Harnack ofrecía de Marción. 2ª) Pollmann manifiesta poseer un admirable dominio de la métrica latina, lo que le permite superar las dificultades que el humanista Fabricius introdujo en la transmisión del texto; por eso, sin duda le hubiera sido de gran ayuda conocer las publicaciones de un especialista español, J. Luque-Moreno, y de su escuela en la Universidad de Granada, porque tanto el maestro como los discípulos han realizado importantes

aportaciones a los estudios de métrica latina.

Por último, manifestamos de nuevo nuestra satisfacción por la aparición de este volumen y felicitamos a la autora con el deseo de que continúe investigando en el área de la poesía cristiana antigua.

A. Viciano

**Raimundo ROMERO FERRER**, *Estudio teológico de los catecismos del III Concilio Limense (1584-1585)*, EUNSA («Colección Teológica», 79), Pamplona 1992, 347 pp.

Cuando comenzaron las conmemoraciones del V Centenario del descubrimiento y evangelización de América, el Instituto de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra se propuso estudiar, desde una perspectiva teológica, y sacar a la luz el contenido de algunos de los documentos que se habían elaborado y publicado para la evangelización de los indios.

Los concilios celebrados en la segunda mitad del siglo XVI marcan pautas precisas para la evangelización. Uno de los concilios más importantes fue, sin duda, el III Concilio Provincial de Lima, celebrado en esta ciudad en 1582 y 1583. A él han sido dedicados numerosos trabajos sobre su convocatoria, celebración, personas que lo hicieron posible, consecuencia y la influencia en otros concilios. Pero el III Limense sobresale porque acordó e impulsó la publicación de un cuerpo de doctrina para catequizar a los indios, que ha estado vigente hasta fechas recientes. Este concilio aprobó la confección de dos *Catecismos*, uno breve y otro más extenso, un *Confesionario*, un sermonario, denominado también *Tercer Catecismo*, y otros *Instrumentos Pastorales*. El mérito principal de sus autores, sobre todo de Santo Toribio de Mogrovejo, fue imprimir esos docu-

mentos y llevar a la práctica sus contenidos, dando unidad a la catequesis y a la predicación.

Numerosos estudios se han ocupado del examen de estos documentos desde diversas perspectivas: léxico, la historia, la estructura y otras cuestiones de tipo cultural. El Dr. Romero Ferrer saca ahora a la luz la teología del *corpus limense*, sobre todo de los Catecismos. De este manera ofrece un estudio de los presupuestos teológicos que subyacen, tanto en el catecismo como en el confesionario y en el sermonario.

Los aspectos teológicos más importantes analizados en la monografía de Romero son la antropología de los catecismos, por la influencia posterior en la defensa del indio; la eclesiología, por las cuestiones que suscita en contraste con los teólogos de Salamanca; y los sacramentos, siguiendo la teología de Trento, pero donde prevalecen las cuestiones prácticas.

Este volumen, elaborado como tesis doctoral del autor, consta de dos partes claramente diferenciadas. La primera es una larga introducción histórico-biográfica y descriptiva, analizando las circunstancias ambientales, una breve biografía de Santo Toribio de Mogrovejo y del P. José de Acosta, junto con una historia sucinta del concilio. Capítulo breve, porque el interés primordial del libro está dedicado a los aspectos teológicos. Al análisis teológico de los distintos documentos está dedicada la segunda parte. En su división se ha atendido a los artículos del Símbolo, concediendo desigual extensión a los capítulos, según el interés misionológico y la originalidad en la forma de tratar las cuestiones. Se trata más ampliamente la antropología, partiendo de la creación, la cristología y los sacramentos, y se estudia menos extensamente Dios uno y trino, la eclesiología y la escatología.

El autor utiliza documentos publicados, pero ateniéndose a los más impuestos en estas materias y que son de primera mano, desde las ediciones en facsímil hasta las fuentes originales. De todo ello se deduce que estos catecismos son una fuente de valor excepcional, no sólo para el examen de la vida religiosa, sino desde el punto de vista cultural, histórico, etnográfico y lingüístico.

Con un estilo ágil, el autor nos introduce agradablemente en la ingente labor llevada a cabo por los misioneros en la transmisión de la fe, y su lectura resultará útil para cuantos quieran entender el entramado teológico que subyace en la obra de la evangelización.

P. Tineo

**Félix Sáiz**, *Los Colegios de Propaganda Fide en Hispanoamérica*, con un prólogo de Julián Heras OFM, Provincia Misionera San Francisco Solano («Serie V Centenario», 3), Lima 1992, 373 pp.

He aquí la segunda edición de una excelente monografía que abordó en su tiempo (1969) el estudio histórico-jurídico de esta institución misional franciscana. Los Colegios de Propaganda Fide surgieron, en España y Portugal, durante el generalato del P. Jiménez Samaniego (1676-1682) y se plantearon para impulsar la formación de los misioneros y la expansión cristianizadora. Fueron acogidos por la Congregación romana, erigida en 1622 por Gregorio XV, que veía en ellos un espléndido medio de irradiación evangelizadora. Estuvieron dotados estos Colegios de Propaganda Fide de unas características originales que les agilizaban en su doble labor: renovadora del espíritu apostólico en los religiosos e impulsora de la cristianización de tierras de misión.

La segunda edición recoge fielmente el texto original de la primera, completa la bi-

bliografía, que pone al día, y añade dos apéndices más de documentos inéditos: la Real cédula de fundación del Colegio de Tarata (1792) y el Reglamento y Estatutos municipales del Colegio de Tarija (1802).

El libro aborda el estudio canónico de esta institución franciscana: los principios que contienen sus constituciones y su organización jurídica, que se plasmó en ordenamiento regular insólito en el derecho canónico. Sometidos directamente a la jurisdicción inmediata de los superiores generales franciscanos y exentos, por tanto de la propia provincia, se les dio una libertad de movimientos para el cumplimiento de su función que indiscutiblemente contribuyó a la imponente labor evangelizadora que realizaron.

Surgidos como tal institución en España y Portugal, fueron trasladados muy pronto a América, siendo el primero el fundado por el Ven. P. Fr. Antonio Llinás en Querétaro (Nueva España) en 1683. A partir de la experiencia queretana, treinta y tres Colegios apostólicos desarrollaron una fecunda labor evangelizadora en el continente americano hasta la Independencia. En esta primera etapa confluyeron en su funcionamiento la Congregación Romana de Propaganda Fide, que los aprobaba canónicamente e intervenía en el nombramiento de prefectos de las misiones, la Corona, que corría con sus gastos, y la Orden franciscana, que otorgaba el interesante régimen de exención interno. Fueron un caso peculiar —no exento de dificultades— de quehacer conjunto de Propaganda Fide y del Patronato Regio.

Tras la Independencia, algunos colegios desaparecieron, otros se restauraron y sus religiosos suplieron —llamados por el episcopado— la falta de clero diocesano. A fines del siglo XIX, al tratar de dar una unidad a la Orden franciscana, se suprimieron los regímenes de exención interna y, entre estas medidas, en el primer decenio del siglo XX, quedaron suprimidos los colegios



existentes, integrándose en las provincias de la Orden.

A lo largo de los ocho capítulos del libro se señala la historia de la institución, la legislación que se les otorgaba y las características que tenían en cuanto a la vida conventual, al régimen de gobierno y al planteamiento apostólico. Se recogen cuatro apéndices documentales: el Reglamento del Colegio de Chillán, un cuadro estadístico de los colegios americanos y de sus misiones en los decenios más significativos, desde 1780 a 1920, y los dos ya mencionados. Se inserta asimismo ilustraciones de algunos colegios.

Se trata, por lo dicho hasta ahora, de una obra de interés indudable para conocer, no sólo las historia de la evangelización americana, sino también para rastrear el esfuerzo educador que presidió la acción apostólica de la Santa Sede y de la Orden franciscana. La implantación de la Iglesia en América supuso, bajo todos los aspectos, una proceso notable de promoción humana, que debe ser reconocido en investigaciones sobre temas monográficos. En este sentido, el libro que comentamos rinde un servicio importante a la verdad histórica.

E. Luque Alcaide

**Josep-Ignasi SARANYANA y Ana DE ZABALLA**, *Joaquín de Fiore y América*, Ediciones Eunat («Acta Philosophica», 3), Pamplona 1992.

Desde los años treinta de nuestro siglo se discute, en algunos círculos americanistas, acerca de los caracteres que definen los primeros pasos de la Iglesia en América, sobre todo en el ámbito novohispano. El debate se ha agitado especialmente en el último lustro por la proximidad del quinto centenario y por el gran impacto que ha tenido la monografía, en dos volúmenes, de Henri de

Lubac, sobre la posteridad doctrinal de Joaquín de Fiore, traducida recientemente al castellano. Se discute, en definitiva, acerca de la presencia, sobre todo en la primera evangelización mexicana, de algunos elementos utópicos, más o menos emparentados con tradiciones joaquinistas, es decir, derivadas del complejo sistema teológico ideado por el abad calabrés Joaquín de Fiore († 1202).

La monografía que ahora presentamos se inscribe en esta polémica. Consta de tres capítulos y un epílogo. Los capítulos habían sido ya publicados y ahora se reeditan con ligeros cambios: mayores aportes bibliográficos, ciertos retoques estilísticos para evitar repeticiones, remisiones internas y algunas matizaciones de carácter accidental, relativas a la tesis central mantenida por los autores.

En el primer capítulo se discute el supuesto influjo del Florense en los llamados Doce apóstoles de México. En el segundo se analiza y critica la afiliación de Francisco de Eiximenis († 1409) al joaquinismo y si éste fue el vehículo que lo transmitió a la segunda generación franciscana de México. En el tercero son estudiados iconológicamente unas pinturas cuzqueñas y sus copias, en las que figura representado el Abad Joaquín en contexto franciscano. En el epílogo, que es inédito, se pasa revista a otros fenómenos de adscripción más o menos utópico-apocalíptica —círculos lulianos y arnaldianos— que pudieron influir en el trasplante de la Iglesia española a América.

Saranyana y De Zaballa, profesores, respectivamente, en las Universidades de Navarra (Pamplona) y del País Vasco (Vitoria-Gasteiz), concluyen categóricamente —apoyados en una gran riqueza de aparato crítico e historiográfico— que el influjo de la teología genuinamente joaquinista no se aprecia en los franciscanos que pasaron a América y evangelizaron Nueva España y el Perú. Los rastros joaquinistas que se obser-

van aquí y allá —pocos ciertamente, pero innegables— tienen carácter puramente ornamental, retórico o piadoso; en ningún caso parecen afectar esencialmente a la teología de la primera evangelización.

El despliegue documental y bibliográfico es notable, como se pone de relieve al consultar el índice onomástico o la rica información recopilada en el epílogo. El lector podrá comulgar o no con los planteamientos teológicos e historiográficos de los autores; pero deberá convenir, al término de la lectura de esta monografía, que el trabajo ha sido realizado con seriedad; que se han tenido en cuenta todos los puntos de vista de la crítica histórica, no solamente europea, sino también latinoamericana; y que las fuentes bajomedievales han sido manejadas con rigor y conocimiento de causa.

Un libro denso, en definitiva, que deberá ser tomado en cuenta por la bibliografía sobre la materia.

Carmen J. Alejos-Grau

**Bertram STUBENRAUCH**, *Der Heilige Geist bei Apponius. Zum theologischen Gehalt einer spätantiken Hohenliedauslegung*, Herder («Römische Quartalschrift», 46. Supplementheft), Herder, Rom-Freiburg-Wien 1991, 256 pp.

Este trabajo fue presentado y defendido como tesis doctoral en mayo de 1991 en el Instituto Patristico «Augustinianum» de Roma. Consta de siete capítulos.

El capítulo I introduce en los problemas que la investigación reciente se ha planteado sobre este autor y su única obra conservada, el Comentario al Cantar de los Cantares: Stubenrauch presenta las ediciones hasta ahora existentes, sobre todo, la *editio critica* realizada por B. de Vregille y L. Neyrand y publicada en 1986 como volumen 19 de la colección *Corpus Christianorum. Series Latina*; a

continuación expone a modo introductorio la dificultad principal de la investigación actual sobre Aponio, a saber, su encuadramiento histórico; por último, describe el *status quaestionis* de los modernos estudios acerca de los doce libros de esta *Expositio in Canticum Canticorum*.

El capítulo II profundiza en el método exegético empleado por Aponio y analiza no sólo las características del género literario del Comentario, sino sobre todo el concepto de inspiración de la Escritura aplicado al Cantar de los Cantares; en Aponio se da, además, una estrecha unidad entre inspiración e interpretación, de modo que la búsqueda del sentido del texto es una hermenéutica espiritual correspondiente a la acción del Espíritu Santo sobre el autor y sobre el texto mismo, ya que el Espíritu se ha expresado mediante enigmas y figuras al inspirar este libro.

El capítulo III se adentra en el dogma trinitario y considera la relación del Espíritu Santo con Cristo en la historia de la salvación: la acción del Espíritu en la encarnación del Verbo, y Cristo como portador y dador del Espíritu en plenitud; para Aponio el Espíritu Santo es el principio del conocimiento humano de Cristo, ya que existe una inseparable unidad y equivalencia del Hijo y del Espíritu en la obra salvífica.

El capítulo IV considera la eclesiología de esta obra: la metáfora de la paloma; la plenitud trinitaria de la Iglesia del Espíritu, que es caracterizada en un simbolismo siempre triádico; la inhabitación de la Trinidad según la teología carismática de San Pablo; la pneumatología como criterio para entender el problema o ambigüedad intencionada que todas las interpretaciones patristicas de la Biblia plantean sobre el personaje de la «esposa» en el Cantar: o bien representa la Iglesia, o bien el alma humana. Este capítulo cuarto también estudia la fundamentación teológica del ministerio eclesiástico entendi-

do como un oficio del Espíritu, ya que éste es el principio de unidad entre la tarea apostólica de los creyentes y el oficio ministerial de la Iglesia; la imagen de los *ubera* en el Cantar representa figurativamente los oficios eclesiales.

El capítulo V aborda la relación entre el Espíritu Santo y el Bautismo: después de sistematizar la teología bautismal de Aponio, se pasa a describir la dimensión teológica del rito bautismal y la de los dones del Espíritu que se reciben en el bautismo.

El capítulo VI analiza detalladamente los efectos del Espíritu Santo en la vida personal del creyente; para ello, parte de la imagen paulina del cristiano como templo de Dios y termina mostrando los ejemplos que Aponio aporta de hombres en quienes habitó el Espíritu: los justos del Antiguo Testamento, María, Juan el Bautista y los ascetas de la Iglesia.

El capítulo VII vuelve a plantearse el tema de la Trinidad, pero no como en el capítulo tercero a propósito de la realización del plan salvífico, sino en sí misma considerada, la *perfecta Trinitas*; Stubenrauch muestra que la procedencia del Espíritu a partir del Padre y del Hijo —el *Filioque*— proporciona una gran coherencia dogmática a todo el Comentario de Aponio. El libro se concluye con unas extensas conclusiones y con una exhaustiva bibliografía. Faltan todo tipo de índices.

La *Expositio* está anclada en la tradición patrística latina y contiene una recepción de la técnica hermenéutica de San Jerónimo, de la pneumatología de San Agustín y de la eclesiología de San Gregorio Magno; a su vez, Aponio hereda la admiración que los Padres latinos siempre habían sentido por Orígenes, el primer comentarista cristiano del Cantar. Inmerso en esta tradición, Aponio, lejos de incurrir en el eclecticismo, desarrolla una teología propia; su originalidad

no consiste en el descubrimiento de una nueva argumentación, sino en el novedoso empleo y en la creativa combinación de ideas procedentes de sus predecesores. Igualmente, la *regula fidei* garantiza la coherencia de la labor exegética que, de suyo, tiende a ser dispersiva por centrarse en los detalles de cada palabra y de cada frase del texto bíblico.

A partir de estos presupuestos, Aponio construye la teología del Cantar de los Cantares, libro éste plenamente penetrado del Espíritu de Dios. La letra del Cantar vale como signo de una realidad superior, que sólo se deja abrir y contemplar por medio del Espíritu, hasta el punto de que los distintos matices del sentido literal se refieren propiamente a diversos desarrollos del misterio de Dios. Así, cada una de las imágenes y figuras del Cantar se convierten en la pluma de Aponio en elementos pneumatológicos: las metáforas de la unción, en las que Aponio aprecia la proximidad del Dios hecho hombre en el Espíritu; el simbolismo del cordero y del baño, con cuya ayuda Aponio ilumina los misterios de Cristo y del bautismo; la imagen del pastor y su rebaño, que se presta fácilmente a ser aplicada a la Iglesia; y la escenificación del carro del faraón, que insta a plantearse esta pregunta: ¿hijo de qué espíritu (o Espíritu) es exactamente el hombre?

La conclusión tal vez más audaz de esta tesis doctoral y que puede prestarse a una mayor discusión es la referente a la época en que Aponio vivió. Los especialistas que realizaron la edición crítica publicada en el *Corpus Christianorum* sostuvieron que este autor, contemporáneo de San Agustín, compuso la *Expositio* alrededor del año 410. Stubenrauch, por el contrario, se aproxima a la reciente opinión de otro joven investigador, H. König, según la cual Aponio vivió después del Concilio de Calcedonia, más aún, en la segunda mitad del siglo VI. Stuben-



rauch se permite proponer una fecha aún más tardía: el siglo VII. Su tesis se fundamenta no sólo porque Aponio contiene ya una recepción de San Gregorio Magno, sino también porque el tono pacífico con que expone su doctrina trinitaria y cristológica presupone la superación de las crisis teológicas de los siglos IV y V. El propio Stubenrauch es consciente de que esta opinión debe profundizarse aún más a partir de un estudio filológico del lenguaje de Aponio.

Esta monografía nos parece de gran calidad y claridad, digna de un buen discípulo del gran maestro que es el Profesor Basil Studer, director de la tesis. A los dos felicitamos sinceramente.

A. Viciano

**Alois van TONGERLOO-Søren GIVERSEN** (edd.), *Manichaica Selecta. Studies presented to Professor Julien Ries on the occasion of his seventieth birthday*, IAMS-BCMS-CHR («Manichaean Studies», 1), Lovain 1991, 402 pp.

Bajo los auspicios de la International Association of Manichaean Studies (IAMS), en conjunción con el Center of the History of Religions (BCMS-CHR) de Louvain-la-Neuve, ha comenzado la nueva colección denominada «Manichaean Studies». El primer volumen es un libro-homenaje a uno de los mejores conocedores, en el siglo XX, del maniqueísmo, el Profesor emérito de Historia de las Religiones de la Universidad de Louvain-la-Neuve, Julien Ries.

Como es usual en este tipo de libros-homenaje, comienza con un bello semblante de la vida académica del Prof. Ries, verdaderamente fecunda y ejemplar, con un listado de sus abundantes publicaciones y con una *tabula gratulatoria*. A continuación siguen treinta y ocho estudios sobre el maniqueísmo, compuestos por distintos especialistas;

las lenguas utilizadas son alemán, francés e inglés.

Estos trabajos se detienen en distintos aspectos del pensamiento, historia y doctrina teológica del maniqueísmo. Así, es puesta de relieve su concomitancia con el platonismo (A. Böhling), las relaciones de Mani con el cristianismo persa (M. Hutter) y sus claros orígenes en el Irán (K. Rudolph). Y es que actualmente existe una polémica a la hora de precisar qué elemento fue el dominante en el origen del maniqueísmo: o el persa —siendo el maniqueísmo una profunda reforma del zoroastrismo— o el cristiano —siendo el maniqueísmo un desarrollo del gnosticismo y del paulinismo herético propio de Marción—.

Se analizan el dualismo de Mani (U. Bianchi), la presencia del libro cristiano «Pastor de Hermas» en la tradición maniquea (L. Cirillo), aspectos de la escatología del maniqueísmo (W. Oerter), la doctrina de la luz (A. van Tongerloo). No faltan estudios críticos de edición de textos (N. A. Pedersen, S. Richter, S. Giversen, M. Krause, N. Sims-Williams). También se abordan aspectos de la polémica entre maniqueos y cristianos en los siglos IV y V: un artículo se centra en la polémica cristológico-exegética de San Agustín con el maniqueísmo del Norte de África (A. Viciano), y otro analiza la visión del dogma maniqueo por parte de Fausto de Milevi (F. Decret). Igualmente se resalta una faceta conocida, pero aún no estudiada a fondo, a saber, la belleza de las imágenes y dibujos de los textos maniqueos (V. Arnold-Döben). Interesante y amena es la contribución de A. V. Ström que compara la cifra *cinco* en el maniqueísmo y en la cultura indoeuropea (India, Irán, Grecia, Roma y los germanos).

Este volumen arroja luces sobre muchas facetas del maniqueísmo, cuyos estudios han conocido gran auge en nuestra época a par-

tir del descubrimiento reciente de nuevas fuentes en distintas lenguas (griego, copto, lenguas iránicas, chino, ...). Además de auge, estas investigaciones recientes poseen gran relevancia para conocer mejor la historia de las religiones en la antigüedad tardía, sobre todo la relación entre cristianismo y maniqueísmo, pues no siempre las solas fuentes cristianas, aportadas por los Padres de la Iglesia, necesariamente indirectas y cargadas de talante polémico, clarifican con precisión las características de la religión fundada por Mani.

Por consiguiente, nos unimos a la felicitación, bien merecida por el Prof. Julien Ries, que en este libro ve desarrollados por parte de otros especialistas los frutos de su más relevante línea de investigación.

M. Lluch-Baixaui

**VV.AA.**, *Il primato del Vescovo di Roma nel primo millennio. Ricerche e testimonianze. Atti del Symposium storico-teologico, Roma 9-13 Ottobre 1989*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1991, IX + 782 pp.

El Simposio cuyas Actas recoge este libro fue el resultado de una demanda dirigida por la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe al «Pontificio Comitato di Scienze Storiche». Así lo declara Mons. Michele Maccarrone, Presidente a la sazón del mencionado «Comitato», en las páginas de la «Presentación» que encabezan el presente volumen. La petición se contenía en una carta del Cardenal Joseph Ratzinger, Prefecto de la citada Congregación, fechada el 19 de enero de 1985, en la que se expresaba el interés que sentía el dicasterio por que se estudiara con el mayor rigor científico la problemática histórico-teológica relativa al Primado del Obispo de Roma en el primer milenio, con una finalidad bien precisa y ac-

tual: delimitar con exactitud aquello que durante el mencionado período había sido considerado por las Iglesias de Oriente y occidente como *depositum fidei*.

La respuesta a la demanda ha sido muy notable y de una amplitud que viene a cubrir de modo satisfactorio y prácticamente total el espectro de la problemática científica, tanto desde un punto de vista temático como geográfico, según podrá verse a continuación. De acuerdo con este planteamiento, el punto de partida había de ser, en buena lógica, el estudio de la figura del Apóstol Pedro en el Nuevo Testamento. El Prof. Otto Knock, de la Universidad de Passau, fue el encargado de realizarlo, y lo hizo fundado en las fuentes y con ayuda de las más recientes investigaciones. Su ponencia *Petrus im Neuen Testament* examina la posición de Pedro en el Colegio de los Doce, su particular relación con Jesús y la función que cumplió en la Iglesia de los tiempos apostólicos y postapostólicos. Los escritos neotestamentarios y los de la segunda generación atestiguarían la progresiva toma de conciencia del papel de Pedro como símbolo de unidad de las diversas corrientes existentes en el Cristianismo primitivo y también de la consideración de la Iglesia de Roma como Iglesia-Madre, a partir de la destrucción de Jerusalén. Estas son, precisamente, conclusiones a las que llega Roland Minerath, de la Universidad de Estrasburgo, en su investigación sobre *La position de l'Eglise de Rome aux trois premiers siècles*. Un extenso trabajo del cardenal Antonio Javierre, buen conocedor de la materia —*Successione Apostolica e Successione Primaziale*—, presenta y desarrolla el esquema de la doble sucesión eclesiástica: la sucesión del Colegio Apostólico por el Colegio Episcopal; y dentro de aquél, Pedro, símbolo de la unidad de toda la Iglesia, que tendría por sucesor al Obispo de Roma.

Las Iglesias del África latina tuvieron una época de particular florecimiento, ini-

ciada a finales del siglo II y que se prolongó hasta la muerte de S. Agustín y el comienzo de la dominación vandálica. Victor Saxer —el sucesor de Mons. Maccarrone al frente del «Pontificio Comitato di Scienze Storiche»— es el autor de la ponencia *Autonomie africaine et primauté romaine de Tertulien à Augustin*, donde se estudia, a lo largo de un período que comprende la época romano-pagana y los albores del Imperio cristiano, las reivindicaciones autonómicas de estas Iglesias, desde las diferencias entre Cipriano de Cartago y el papa Esteban hasta el *Roma locuta, causa finita* de S. Agustín. El Imperio cristiano, cuya capitalidad transfirió Constantino a la «Nueva Roma» —Constantinopla— constituyó un factor que debe tenerse muy en cuenta al seguir el desarrollo de la institución del Primado entre los siglos IV y IX, y a ese período hacen referencia la mayor parte de las sucesivas ponencias del *Symposium* recogidas de las Actas.

El Prof. Charles Pietri (†), que fue Director de la «École française» de Roma, fallecido con posterioridad a la reunión del *Symposium*, presentó en su ponencia *La conversion de Rome et la Primauté du Pape (IVe-VIe siècles)* una sugerente exposición del desarrollo de la ciudad y de la Iglesia de Roma, desde la conversión de Constantino hasta el pontificado de Gregorio Magno. Otras ponencias han investigado diversos aspectos del Primado —de su noción y su ejercicio—, tanto en su dinámica interna como en las relaciones con las Iglesias de Oriente y Occidente. M. Maccarrone —«Vicario Petri-Sedes Apostolica»— examina las titulaciones pontificias más significativas con respecto al Primado «petrino» de la Iglesia de Roma, durante los siglos IV al VIII. Todavía P. Conte consideró la condición de la Sede romana como garante de la fe, con la que es preciso convenir; lo cual constituye un aspecto de la Primacía, que el Oriente cristiano reconoció en señaladas ocasiones (*Il «con-*

*sortium fidei apostolicae» tra Vescovo di Roma e Vescovi nel secolo VII*).

Varias ponencias estudiaron desde otras perspectivas la postura de las Iglesias de Oriente ante el Primado romano. En este apartado pueden incluirse las ponencias del Prof. Spyros Troianos de la Universidad de Atenas —*Der Apostolische Stuhl im Früh- und Mittelbyzantinischen Kanonischen Recht*— y la del Prof. S. O. Horen, de Passau, relativa a la compleja actitud del Concilio de Calcedonia ante el Primado romano: *Die Stellung des Bischofs von Rom auf dem Konzil von Chalcedon*.

Otras dos ponencias más enmarcan la institución del Primado en los esquemas institucionales de la organización eclesiástica oriental: la del Prof. R. Schieffer, de la Universidad de Bonn —*Der Papst als Patriarch von Rom*— y la de M. Van Esbroeck, de Munich, *Primauté, Patriarchats, Cakholicosats, Autocéphalies en Orient*.

El reconocimiento y el ejercicio del Primado en Occidente fue objeto de otra serie de ponencias. A. Nichols, de la Universidad romana de Sto. Tomás, en su trabajo *The Roman Primacy in the Ancient Irish and Anglo-Celtic Church*, estudia la cuestión en las Iglesias de las Islas Británicas desde su origen. J. Orlandis, de la Universidad de Navarra, puso de relieve en su ponencia *El Primado romano en la España visigoda* la influencia que tuvo la coyuntura histórico política en el ejercicio del primado romano en la Península Ibérica, sin que la mengua de ese ejercicio en el siglo VII y la notable autonomía jurisdiccional de la Iglesia visigoda significase un cuestionamiento del Primado en el plano doctrinal. El Prof. Mordek, de Friburgo de Brisgovia, resalta por último la creciente importancia de las decretales pontificias como fuentes del Derecho en la Iglesia occidental (*Der römische Primat in den Kirchenrechtssammlungen von IV bis VIII Jahrhundert*).



Las ponencias finales contemplan una época en que Roma se encontró cada vez más alejada del Oriente bizantino y más cercana a Occidente. Vittorio Peri —de la Biblioteca Vaticana— expone la actividad misional que el Pontificado desarrolló en los siglos VIII y IX entre germanos y eslavos (*La Chiesa di Roma e le Missioni «ad Gentes» sec. VIII-IX*). El mantenimiento de la conciencia primacial del Papado durante el «Siglo de Hierro» es la interesante consecuencia a que llega el Prof. H. Zimmermann, de Tübinga (*Der Bischof von Rom in «Saeculum obscurum»*). Las resistencias al Primado papal —prácticamente nulas en la Iglesia occidental, en el plano doctrinal— contrastan vivamente con la tensa postura del Oriente, a partir sobre todo de la crisis fociana. Así lo ponen de manifiesto las ponencias de H. Fuhrmann, Presidente de los *Monumenta Germaniae Historica* —*Widerstände gegen den päpstlichen Primat in Abendland*— y de D. Stiernon, de la Universidad Lateranense, *Interpretations, résistances et oppositions en Orient*.

El texto de las ponencias contenidas en este precioso volumen se completa, a modo

de conclusión, con una acertada síntesis de las mismas, obra de R. Minerarh, a la que siguen los Índices onomástico, toponímico y sistemático. La única sombra que cabe lamentar es que el P. Vincenzo Monachino no haya podido enviar a las Actas su ponencia sobre las relaciones de las Iglesias de Oriente y Occidente entre los Concilios de Calcedonia y II de Constantinopla. Pero, al margen de esta pequeña deficiencia, que en nada resta valor al conjunto, es de justicia proclamar que nos hallamos ante una obra científica de primera magnitud. El *Symposium* cumplió plenamente los fines para que había sido convocado y las Actas que constituyen el presente volumen ofrecen un riguroso y actualizado *status quaestionis* de la problemática del Primado romano durante el primer Milenio. Es evidente que esta obra habrá de constituir un sólido fundamento y un excelente instrumento de trabajo para los estudios y coloquios ecuménicos, destinados a promover el avance hacia la deseada meta de la unidad de los cristianos.

J. Orlandis